


# MUNDOS SILENCIOSOS

JOHNNY GARLAND

# Mundos silenciosos

COLECCIÓN

ESPACIO

# Mundos silenciosos

por

Johnny Garland

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

Representantes exclusivos en Estados Unidos
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
FIDEL COMPANY 2366 Glendale Blvd.
LOS ÁNGELES, 39 CALIFORNIA

Depósito legal B 2245 - 1 958
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. . T. Llorente, 13 – Barcelona




## Capítulo Primero

## MARTE, 1999...




RA el primer hombre que iba a ver Marte. El primero en llegar al mundo ambicionado durante siglos por la raza humana. Yo representaba a esa raza. Yo, un ser igual a cualquier otro, pero que pronto pisaría el rojo planeta de nuestro sistema solar. Las afirmaciones de Schiaparelli, las teorías de los demás científicos como Lowell, Tombaugh y Adams o Leverrier, y de sir Arthur Winslate remontándose a las últimas décadas del siglo XX, dentro ya de la Era Interplanetaria que empezara con la conquista de la Luna en 1968, iban a ser confirmadas o negadas cuando yo llegase a Marte.

Y esto estaba a punto de suceder.

El «Martian», como habían bautizado los muchachos de la base a mi astronave, iba descendiendo con lentitud. O, al menos, a mí me lo parecía. La acerada proa, estilizada y aerodinámica, a pesar de la falta de resistencia del vacío a cualquier forma que adopten las naves que han de surcarla, apuntaba directamente a las estrellas, a la negrura infinita, salpicada de astros luminosos, perdidos en aquel terrible abismo eterno, aquel espacio sin límites que yo llevaba recorriendo hacía más de noventa días. Ni siquiera sabía

entonces por qué me había embarcado como cobaya de aquella fantástica excursión a lo desconocido. Lo más probable es que nunca volviese a ver mi querida Tierra, convertida ahora en el espacio, muy lejos de mí y de la nave, en una opaca estrella insignificante. En cambio, Marte era una gigantesca naranja situada bajo la cola turborreactora de mi nave. Una colosal esfera rojiza, surcada por aquellas líneas entrecruzadas que se habían dado en llamar «canales». Vistos de carca eran menos rectos, más curvados, desiguales y borrosos, a través de la sutil atmósfera marciana. Las zonas azul-grises se ensanchaban, si bien perdían oscuridad, formando como enormes mares u océanos.

Científicamente, todo aquello poseía un inapreciable valor, y las cámaras automáticas captaban fotografías y película de aquella gran masa planetaria a la que estaba acercándome por momentos. Yo me había limitado a apretar el resorte, que ponía en funcionamiento sus delicados mecanismos, tal y como fuera instruido en la Tierra, antes del Gran Salto.

Yo estaba emocionado, no puedo negarlo. Era el sueño de cien generaciones, tal vez de más. Y ahí estaba un hombre, Roy Ullman, a punto de pisar el suelo ignoto. Roy Ullman soy yo. Aquel día del año 1999 tenía exactamente treinta años. Era capitán de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos Americanos, y había sido periodista, escritor de novelas baratas de «science-fiction» y cosas por el estilo. Nada serio, hasta que entré en la Aviación con motivo de la Guerra Mundial de 1990, que por fortuna ganamos nosotros, quedando relativamente firmes en medio de un mundo caótico.

La guerra y todo lo demás no había sido obstáculo para que, entre ingenio bélico y nuevo proyectil intercontinental, los hombres de uno u otro bando fueran perfeccionando los proyectos de navegación espacial, tan triunfalmente iniciados con el viaje a la Luna, y olvidados después, con el fracaso primero del salto a otros planetas y los preparativos de guerra después, hasta terminar destruyendo medio globo terráqueo con armas nucleares y otras lindezas.

Ahora parecía que iba a haber paz. No porque los hombres se hubieran cansado de guerrear, sino porque ya no tenían nada que ganar ni nada que obtener en una futura contienda, al menos durante medio siglo más. Ese período de tiempo volvería a dejar las cosas medianamente aceptables y entonces podrían empezar otra vez, para volver a destruirlo todo. Sino ¿de qué iban a vivir muchos fabricantes de armamento y otros por el estilo?

Y cuando yo había alcanzado los galones de capitán, tenía una linda novia e iba a casarme, surgió todo esto. Peggy empezó dejándome por un rico industrial inglés, uno de los que habían ganado algo en la contienda mundial. El privilegiado individuo se llevó a Peggy, y me dejó solo con mi amargura. Porque yo la quería, no voy a ocultarlo. Tanto que, cuando surgió la petición oficial del mayor Donovan en nuestra base de Proyectiles y Naves Interplanetarias del Arma Aérea Estadounidense, cometí la gran estupidez de ofrecerme voluntario para este viaje.

Eso ocurría tres meses atrás, en el planeta Tierra. Ahora estaba a cincuenta

y seis millones de millas de allí, y aun eso porque Marte coincidía con una de sus fases más próximas a la Tierra, momento que había aprovechado nuestra base para el lanzamiento del cohete interplanetario.

Después de abandonar la atmósfera terrestre y eludir su gravedad, el «Martian» había recorrido el espacio a un promedio de veinticinco mil millas diarias, hasta llegar a este momento.

Era algo que no se parecía a nada. Ver allá abajo la superficie roja de Marte producía un indefinible cosquilleo de inquietud, de emoción, de dudas, casi de terror. ¿Qué me esperaba allí? ¿Había seres vivos en el planeta? ¿Me encontraría en un mundo muerto, sin otra vida que la puramente inorgánica?

Yo, como todo ser humano que se precie de algo imaginativo, había supuesto a los marcianos de los más diversos modos; verdes y escamosos, con antenas y ojos saltones, en forma de raros pulpos con transparentes tentáculos, enanos deformes, de gran cerebro, o criaturas supersensibles, de gelatinosa apariencia y portentosas facultades mentales. En todo caso, siempre algo monstruoso y superior a la vez.

Ahora todos esos resabios de literatura de veinte centavos me parecían carentes de sentido, desprovistos de realidad. Porque la realidad estaba ya tan cerca de mí, tan al alcance de mis maravillados ojos y de mis ansiosas manos, que perdía todo aire de fantasía novelesca, de ficción pseudocientífica. Era, sencillamente, un mundo desconocido.

El primero al que llegaba un hombre de la Tierra. Un solo hombre, porque así lo había resuelto el Alto Mando. Era una locura del principio al fin, y yo mismo lo admitía así. Pero todas las grandes conquistas, los descubrimientos de la Humanidad y sus mayores hazañas han empezado así: por una simple locura.

¡Qué lejos estaba ahora Peggy de mis pensamientos! Y su querido industrial británico, con más de cincuenta millones de libras esterlinas en su cuenta bancaria. Y el mayor Donovan, y la monita «Lorna», la mascota de nuestro Regimiento... Y el «snack-bar» donde yo cenaba al salir de la base en días de lluvia, con sus curvilíneas camareras uniformadas de azafatas...

El suelo de Marte estaba ya muy cerca. Bajo mis pies estremecidos sentía silbar los turbo-reactores de energía nuclear concentrada. Temblaba la nave, bajando y bajando, hendiendo ya una atmósfera translúcida, tenue y limpia, poco rica en oxígeno, sin duda alguna.

El Gran Aterrizaje estaba empezando. Claro que si aquello era Marte, ¿cómo diría yo «aterrizaje»? Seguía pareciéndome la única palabra apropiada, fuese donde fuese.

A pesar de todas las precauciones tomadas, la deceleración me hacía parecer un hombre de goma. Sentía molestias, mi organismo se resentía de la disminución de velocidad y el regreso a la gravedad y la densidad atmosférica, después de una travesía, de cincuenta y tantos millones de millas por el vacío absoluto.

El cronómetro gigantesco del muro situado frente a mis ojos empezó a

marcar automáticamente las cifras por segundos, en orden inverso al real. Sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho...

...Once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro...

Me sentía pésimamente, mi estómago se distendía como si fuera elástico, me dolían las sienes, el visor del exterior se había nublado con una gran polvareda roja, levantada sin duda por las llamas nucleares de mis reactores, al herir la superficie desértica del planeta, y la conmoción terrible del choque con el suelo marciano se acercaba ya...

...Tres... Dos... Uno...

¡CERO!

Y, de momento, no supe más, porque todo tembló horriblemente, sonó un estallido de algo que pareció hacer añicos mis tímpanos, una negrura terrible penetró en la cabina del «Martian» y le absorbió a él y a mí...

* * *

No sé el tiempo que estuve inconsciente, porque mi propia inquietud por saltar a la nueva «tierra» alcanzada me impulsó a moverme, torpe pero resueltamente, en busca de mi traje espacial, destinado a crear la presión artificial que precisa el cuerpo humano fuera de su atmósfera.

Entré en la cámara de descompresión, con mi espectacular traje escarlata, rematado por una escafandra oval, transparente y ligera, de la que partían los tubos hacia el depósito de oxígeno. Al menos en todo eso, no me diferenciaba mucho de los personajes de las novelas interplanetarias, tal como los dibujantes los habían representado hasta entonces.

Sin embargo, esto no era una historieta. Tenía que habituarme a la tremenda realidad de mi aventura. Tomé mis reducidos y delicadísimos instrumentos meteorológicos, así como los recipientes de material translúcido destinados al análisis posterior de muestras de aire, agua, tierra y demás elementos marcianos. No podía olvidar la parte científica de mi misión en Marte. Yo era una especie de expedición, centrada en un solo hombre: el capitán Roy Ullman, aviador, escritor, buen físico-químico, regular mecánico y formidable fantasista. Esto último era lo único que me estorbaría de allí en adelante.

El profesor Warden había dispuesto todo el instrumental en un estuche hermético dentro del cual figuraban claras y detalladas instrucciones, por si mi memoria, ejercitada durante cinco meses en los laboratorios especiales de la base, me jugaba una mala pasada allá arriba.

De la cámara de descompresión pasé al estrecho corredor de comunicación con la salida. Me detuve ante la puerta circular, hermética y de un grosor de casi cuatro pies. La aleación metálica había resistido toda fricción y aparecía reluciente e intacta. Pulsé el conmutador electrónico y la puerta se movió.

Abrióse su ancho ojo circular... y yo vi Marte ante mí —como había podido contemplar Nueva York, Boston o la playa de Miami. Allí estaba el

Enigma Rojo de nuestro Sistema: MARTE, EL PLANETA MISTERIOSO...

Caminé hacia la salida. Normalmente, yo pesaba unos setenta y cinco kilos. Ahora posiblemente no llegaría a los treinta, a juzgar por la ligereza de mi paso y la facilidad de mis movimientos, aun con la rémora de mi traje espacial. Comprendí las causas. No era mi cuerpo el más ligero, sino el aire que me rodeaba y la gravitación del planeta.

Cuando pulsé el resorte de la escala de descenso, ésta bajó hasta tocar el suelo, rojo y árido, con una lentitud inusitada en nuestro planeta. Desde la puerta hasta el remate de los estabilizadores de popa, posados sobre la arena o lo que fuese, había una altura de casi siete metros. Pero el interior de la nave era muy reducido, justamente lo preciso para un viajero, acaso dos o tres, en caso de emergencia, pero no más. Y en esa nave había hecho el viaje yo solo.

Empecé a descender con cierta preocupación. Salía de algo familiar, casi hogareño a fuerza de ocuparlo a lo largo de tres meses de navegar por el Cosmos. Ahora salía a una atmósfera desconocida, a un planeta ignorado, iba a pisar un mundo que jamás ser terrestre alguno pisó.

Sin embargo, el hecho de posar mis pesadas botas blancas sobre la arenisca roja fue sencillo. Al ascender de nuevo la escalerilla, se cerró la puerta circular. Otro resorte externo, cuyo emplazamiento y utilidad conocía de antemano, me abriría la entrada, caso de precisarlo. Y era obvio que lo precisaría, al menos para volver a la Tierra, si es que deseaba volver.

Entonces pude volverme a mi sabor y contemplar el panorama de Marte.

El viento, de una fuerza e insistencia realmente inesperadas, hacía que la arenisca azotara el plástico de mi escafandra, dificultando la visión. Pero aun así, los contornos marcianos eran visibles y claros en derredor mío.

La llanura no parecía tener fin, salvo por su lado oeste, en el que largas cadenas montañosas, de un gris ceniciento, liso e inhóspito, mostraban sus cumbres, redondeadas sin duda por la propia violencia de los vientos, a través de siglos enteros de azote constante. Marte era un mundo viejo, muy viejo. Casi podía advertirse su decrepitud en la configuración geológica, en el aire muerto y helado de su superficie. Los aparatos meteorológicos señalaron una profunda sequedad de clima y una temperatura inferior a los veinte grados bajo cero. Me felicité de usar traje a presión, guantes, escafandra y todo lo demás. Era todo tan hermético, que la temperatura no llegaba a mí en absoluto.

Entonces se me ocurrió alzar los ojos al cielo y, aunque era algo elemental, al alcance de cualquier estudiante de primer curso, la visión de dos satélites simultáneamente presentes en el espacio marciano, uno haciendo su aparición por oriente y por el punto opuesto el otro, me maravilló. Deimos y Phobos, los dos satélites de Marte. Este último era mucho mayor que Deimos y también más brillante. El Sol, en cambio, se distinguía de reducido tamaño, distante, frío y melancólico, como si sintiera pereza de alumbrar a aquel mundo agonizante.

Mi escafandra estaba provista de una especie de sistema radiotelefónico,

que sería sin duda muy útil cuando los expedicionarios siderales fuesen más de uno, pero cuya ineficacia en el presente era ostensible. Transcurrió todavía algún tiempo, mientras me maravillaba con el panorama marciano, no muy hospitalario, pero con el fascinante atractivo que posee todo lo ignorado. Y después el silencio mismo que me rodeaba, el silbido áspero y monótono del viento que barría la superficie roja de Marte, con su pobreza decadente de oxígeno, empezaron a hacer algún efecto sobre mis nervios.

Recuerdo todavía muy vagamente la sensación de muerte, de soledad eterna y hostil que iba penetrando en mí de un modo paulatino, a medida que mis pies, calzados con unas botas especiales, de recia suela, iban hollando el suelo de aquel mundo en coma.

Marte, evidentemente, respondía a una de las teorías terrestres con asombrosa fidelidad: estaba muriendo. Acaso dentro de unos cientos de años de mil o dos mil todo lo más, terminase todo para él... y para sus posibles seres.

¡Seres! Me sobresaltó pensar en «ellos». Por el momento, nada confirmaba su existencia. Pero tampoco su ausencia, es bien cierto. Si un ser de otro planeta aterrizase en pleno Valle de la Muerte o en el Desierto Pintado, posiblemente pensaría que la Tierra era un mundo sin habitar. ¿Por qué no podía ser esta una de las posibles regiones inhóspitas de Marte?

Cuando obtuve muestras de todo, desde el aire y la tierra hasta un espeso liquido limoso, cuajado de grisáceos líquenes en las márgenes de una reducida charca, volví al confortable clima artificial de mi astronave. El «Martian» era la única base terrestre en Marte, por el momento. El único lugar donde podía vivir sin mi escafandra y mi traje de presión. Los posteriores análisis del tenue aire marciano, así me lo confirmaron después: había en él nitrógeno, vapor de agua y dióxido de carbono, así como otros componentes, pero la proporción de oxigeno era infinitesimal. Insuficiente para mí y para cualquier otro terrestre.

Recordé que las cámaras fotográficas del «Martian» habían entrado automáticamente en acción al volar sobre la superficie del planeta a escasa altura, según los mecanismos montados, y que las fotografías estarían reveladas ya por el revelador automático.

Terminada la labor en el análisis de muestras, me encaminé a la cámara de fotografía, tomando los clisés y situándolos ordenadamente en el proyector-ampliador. Apagué la luz azul de la sala, y empezó la proyección de vistas.

Fue primero una larga serie de fotografías nítidas, aunque imprecisas, donde la misma neblina de las altas capas atmosféricas velaban los detalles del suelo. Luego apareció con claridad absoluta la configuración geológica de aquel extraño mundo desierto. Las montañas, las profundas erosiones de los vientos ciclópeos que arrasaban Marte, enormes zonas desérticas, rojas como si todo en ellas se hubiera oxidado, desde los minerales a la misma tierra... ¡Y UNOS AMPLIOS SURCOS, LOS FAMOSOS CANALES DE SCHIAPARELLI!

Casi me caí de mi asiento al dar un brinco de sobresalto. Mi mano aferróse al pulsador de proyección e hizo retroceder el curso de las imágenes, centrando al proyector en aquella precisa vista, borrosa y desenfocada, donde había entrevisto los surcos grises, largos y rectilíneos, partiendo de un centro amplio, gris y poco claro, que parecía el cuerpo de una enorme araña del que partieran monstruosas patas rectas, envolviendo la esfera roja de Marte.

¡ERAN CANALES, SIN DUDA DE NINGUNA ESPECIE!

El proyector poseía un sistema especial de ampliación hasta casi mil veces el original, que suplía en la reducida pantalla cualquier zona de la foto, en detalle, en vez del total de la imagen. Lo que se llamaran «Canales» durante años enteros en el planeta Tierra, basados en la teoría revolucionaria de un astrónomo, sufrió un aumento colosal.

Pero aparté la vista de aquellos grandes surcos grises, todavía borrosos a mi examen, para concentrar mis atónitos ojos en la masa central, gris y abigarrada. La ampliación no ganaba en nitidez, pero sí en visualidad. Y SI AQUELLAS FORMAS RECTAS, VERTICALES, NO ERAN EDIFICIOS LEVANTADOS POR SERES VIVOS, CREADOS Y REALIZADOS POR MENTES Y MANOS INTELIGENTES, YO ESTABA LOCO O VEÍA VISIONES...

Capítulo II

## SONIDOS, VOCES... ¡VIDA!



REO que fue entonces cuando percibí aquellos sonidos. Aunque, pensándolo bien, estaba demasiado aturdido, excitado y lleno de nervios para darme cuenta del transcurso del tiempo. Es posible que entre la certeza, la rara convicción de que no existían montañas así en mundo alguno, puesto que ninguna fuerza natural sabe ni puede crear formas rectilíneas, verticales y fríamente iguales entre sí, y la aparición del primero de los curiosos sonidos, mediaran minutos, horas inclusive...

Lo cierto es que mi mente estupefacta se había concentrado por completo en la reveladora fotografía, que mis ojos estudiaban aquellos perfiles grises y rectos, más estrechos y cuadrangulares que los mismos rascacielos neoyorquinos, como raras iglesias de acero elevadas a alturas inconmensurables, que se aglomeraban en forma de una mancha gris, según la distancia a que fueran vistas. Y aquellos «canales» o lo que fuesen, verdaderas franjas de un color gris acero, que partían rectas, sin deformidad alguna, en una perfección de líneas imposible de lograr por la Naturaleza, fuese en Marte, Júpiter o un planeta de cualquier constelación o galaxia A menos que las leyes naturales fueran tan opuestas a todo lo imaginado por el Hombre como para poder crear formas armónicas y perfectas desde el punto de vista del más exigente arquitecto.

Estaba dudando aún de mis propios ojos, de mis sentidos excitados y alertas, cuando percibí el sonido.

Me volví, francamente atemorizado. Esto, de ocurrirme en mi base terrestre, hubiera sido un simple pitido radiofónico, una broma de los transmisores o un montón de parásitos jugando a crear una rara sinfonía de vibraciones sonoras.

Pero allí, en Marte... El sonido, o lo que fuese, partió de los receptores y transmisores de radiotelefonía, en un diapasón vibrante y melódico, a la vez que en el fondo carecía de melodía y de vibración. Esto parecerá una tontería, pero no puedo encontrar otro medio de definir el ruido. Se detuvo, mientras yo miraba, asombrado, los altavoces. Luego se repitió. Sonaron exactamente

iguales, para volver a pararse y hacer igual pausa. Al repetirse el sonido con idéntica frecuencia y volumen sonreí, aliviado. ¿Por qué no podía haber interferencias o parásitos atmosféricos en Marte, tal como ocurre en la Tierra? Era factible...

Y entonces ME PREOCUPÉ DE VERAS. Si no me avergonzase un poco confesarlo, diría que fue la primera vez en mi vida que sentí lo que era MIEDO. Porque el sonido pareció captar con una espontaneidad increíble mi pensamiento y acto, seguido se lanzó a un alocado garabateo en la escala sonora, parando a saltos, subiendo o bajando el tono, como cuando alguien se pone furioso por no ser comprendido y empieza a gritar y disparatar.

—¡Bueno, bueno! —estallé, irritado. Era una ocasión de dirigirle la palabra al transmisor y la aproveché, con cierto humorismo. Creo que en realidad quería animarme a mí mismo, suponiendo que tenía un interlocutor allí, escuchándome—. ¡Ya está bien de ruido, amiguito! De todos modos, no te voy a entender nada de nada...

Se me erizaron los cabellos, en una sensación nueva e inolvidable de terror. PORQUE LOS SONIDOS CESARON BRUSCA Y TOTALMENTE. Miré, muy pálido sin duda, los grandes ojos de fibra de los altavoces. Ellos no pudieron decirme nada. Tan mudos como todo lo que me rodeaba, parecían tan perplejos como pudiera estarlo yo. Aquel sonido poseía, a no dudar, el don de entender los pensamientos y palabras de uno. La idea era absurda, cómica... pero a mí no me lo pareció entonces.

—¡Dios mío! —musité. Mi voz me sonó ronca, extraña. Llevaba tanto tiempo callado, que me costó trabajo reconocerla—. ¿Será esto posible? Dime que no sueño...

—NO... NO...

¿Eh? ¿Qué era aquello? ¿«Alguien» había repetido mi palabra «no»? Me volví en redondo, escrutando hasta el último rincón de la sala. En realidad, no era tarea difícil. Aparte el material de radio y observación y los redondos ojos de plástico transparente, aleados a una mezcla de vidrio y metal capaz de resistir las fricciones atmosféricas y toda clase de presiones, no había lugares ocultos donde mirar.

Estaba tan solo como lo estuve desde que salí de mi mundo. Allí no había nadie. Nadie, tampoco, podía hablar a través de los altavoces, de no pertenecer a la Tierra. Y estaba fuera del alcance de toda onda sonora terrestre, aislado en Marte, a cincuenta y tantos millones de millas de mi propio planeta...

Pero habían dicho: «NO, NO». Clara, audible, perfectamente comprensible para mí. De dónde llegaba el sonido, de dónde la «voz»... o «lo» que fuese, no lo podía saber. Me acerqué al receptor de radio. Toqué los mandos. Ni un sonido se produjo en los altavoces. Probé con el sistema de «radar» establecido en torno al «Martian» como una envoltura invisible pero supersensible a todo cuerpo o proximidad real. La pantalla no reflejó nada.

Entraba en lo posible que estuviera volviéndome loco. O, exagerando

menos, que el mundo marciano afectara de algún modo mis sentidos. El aire, la presión, el viaje cósmico, cualquier fallo en la naturaleza humana, que no se había dado nunca camino de la Luna, pero que podía darse allí, en Marte. Sí, estaba bien seguro de eso. Sonreí y abrí mi armario metálico de las provisiones. Saqué cigarrillos y «whisky». Necesitaba ambas cosas, incluso en Marte. O, para ser más exactos, allí más que en ninguna otra parte...

—Bueno, mi inseparable camarada —dije, mirando con cariño mi plana botella mediada de licor ambarino, del más exquisito sabor escocés—. Si después de vaciarte sigo escuchando cosas raras, creo que ya no me preocuparé tanto.

—NO... NO... HOM... HOMBRE...

«¡No, no, HOMBRE!» ¡Habían dicho eso: Hombre! Lo sentí en el alma, pero perdí un camarada. Un buen camarada, que además tenía la gran virtud de no hablar ni discutir mis ideas. Porque la botella resbaló de entre mis dedos y se estrelló en el suelo con seco estallido. Si entonces no miré con pena el charco de «whisky», eso servirá para reflejar exactamente mi estado de ánimo.

Había sido una voz, por todos los demonios, Y una voz clara, aunque dubitativa... como si no pudiera hablar o balbucear, formando palabras que aún ignoraba. Estúpidamente, me recordó la voz de una niña que aprende a hablar y lo hace con torpeza ingenua... ¡Una niña! Me detuve, en el curso de mis locas ideas. ¿Por qué una niña... y no un niño?

¡Claro! Era eso... La voz aquella sonaba... sonaba a FEMENINA. Y ya podían encerrarme en un manicomio, después de que mi frío intelecto admitiese tal aseveración.

Me moví como un marino borracho lo haría en un barco situado en mitad de la borrasca. Avancé hacia la cabina de observación, que era a la vez mi dormitorio. Los muebles cromados, fríos y metálicos, los muros azulados por la lívida luz producida por la energía de a bordo, todo encontróse con mi vista frenética, sin hallar rastro alguno de presencia viviente, humana o no... Volví a la cabina de radio-control y comprobé que ninguna puerta, mirilla o ventana del «Martian» habían sido movidas desde mi regreso. Los controles electrónicos seguían inmutables, en perfecto estado. NADIE podía entrar allí. Y en derredor de mi cohete interplanetario, el desierto rojo seguía igualmente muerto, silente...

Nunca he necesitado más un trago. Por fortuna, el «camarada» recién sacrificado tenía otros congéneres en diversos puntos de la nave y me apresuré a alcanzar uno, absorbiendo un largo y confortante trago. Después, me sentí más animado y prendí un cigarrillo, fumándolo con ávidas chupadas. El tabaco me supo a estopa y tosí, irritado.

El misterio de los sonidos y las voces no se repitió ni se aclaró. Y estaba bien seguro de que mi imaginación no estaba tan mal como para inventarse tales cosas Casi podía experimentar la impresión de que había ALGO palpable, extraño e indescifrable cerca de mí.

Pero, sin saber por qué, no estaba ya preocupado ni sentía miedo. Acaso

fuera por el acento con que fue pronunciada aquella palabra: «Hombre...» Casi había intuido dulzura, bondad, pureza en ella... Era una solemne majadería, pero estaba seguro de ello. Algo, dentro de, mí, me decía que era así. Tal vez por eso mismo imaginé que era una voz femenina. Que existía la imposibilidad de que voz alguna sonara dentro, resultaba obvio. Pero yo lo HABÍA OÍDO. Eso era lo que contaba para mí en aquellos momentos de perplejidad.

Me senté en la mesa y escribí en mi diario las impresiones y sospechas vividas. No agregué detalles, no aventuré teorías. No deseaba ser internado en un establecimiento psiquiátrico al regresar. Las cosas de Marte, fueran las que fuesen, iban a ser difíciles de digerir en mi viejo y escéptico mundo cuando volviese a él. Alguien recordaría que yo he escrito novelas de «anticipación» y me tomaría a risa. Cosa que yo no estaba dispuesto a consentir. Terminé el informe escribiendo con rapidez:

«Podemos, pues, concluir admitiendo que existen raros fenómenos en Marte, cuya naturaleza, casual o motivada por la existencia de agentes vivos, aún es pronto para determinar. Escribo esto, mi primer día de estancia en Marte. Pronto el sol se ocultará, empezando la noche marciana. Mi primera noche en este viejo y agotado mundo, donde todo parece bañado por una capa de óxido mortal, presagio de su inminente fin...»

De repente, me detuve. La sensación era demasiado física. La inquietud latente que me había dominado desde que comencé a escribir, se intensificaba ahora con una fuerza tal que casi podía interpretarse como esa rara impresión que siente uno al ser observado por alguien situado a sus espaldas, o por una persona que, junto a nosotros, lee lo que vamos escribiendo, interesadamente.

Era como si unos ojos burlones se asomaran, no encima del papel donde yo escribía precisamente, sino DENTRO DE MI SER, escrutando mi cerebro con cierta ironía superior, leyendo las palabras escritas y LAS QUE NO ESCRIBÍA, PERO ALOJABA EN MI SUBCONSCIENTE...

Y no había NADIE. Nadie, salvo yo, de quien el espejo situado frente a mí devolvía una lívida y temblorosa imagen.

—¡Cielos, es demasiado! —murmuré, pasándome una mano trémula por la mandíbula—. Creo que voy a enfermar... Mi cabeza terminará estallando, si esto sigue ocurriéndome.

Entonces, ¡qué suave alivio experimenté! Mucho mayor que el que produjera cualquier sedante. Igual que si una mano fantasmal, invisible e intangible, acariciase mis cabellos, mi nuca y sienes, dándome una paz, un bienestar, una sensación de calma y sosiego extraordinarias.

Los párpados se me cerraron aunque yo me obstinaba subconscientemente en mantenerlos abiertos. Aquella embriagadora sensación penetró más en mí, me sumió en un sopor dulce y espeso, cada vez más intenso, más dominador... pero también más suave y amable. Carecía de la fuerza agria del narcótico, era como una tibia mano femenina, amorosa, consoladora, balsámica...

Parecía que mi cuerpo flotase en el Cosmos infinito, negro y helado,

cruzando miles de millas, absorbiéndome una fuerza lejana y poderosa que no poseía contacto alguno con nada humano, mecánico ni científico de cuanto el hombre puede concebir.

Nuevo era el medio y nueva la forma de sueño, de inconsciencia, de letargo total que me inundó por completo, cerrando en torno mío unas negruras casi tangibles.

Dejé de ser yo, dejé de ver, de sentir, de respirar tal vez, para hundirme en aquella Nada más vacía, amorfa y terrible que la Nada misma, tal como el Hombre la imagina...

* * *

Azyar... Sakhazyy... Vegrahwi... Ullman... Peggy... Tierra... Dios... Inni... Tzear...

Y de nuevo la misma serie, la misma retahíla: AZYAR... SAKHAZYY... VEGRAHWI... ULLMAN... PEGGY... TIERRA... DIOS... INNI... TZEAR...

¿Qué era todo aquello? ¿Por qué las palabras giraban como algo vivo en mi mente al despertar? Formaban curiosos círculos concéntricos, como si el sonido cobrara forma ante los ojos de mi mente. Porque yo sentía, traducía cada palabra formada gráficamente en mi entumecido cerebro, al salir del letargo.

Podía entresacar el sentido de los que me eran familiares. Como Ullman, mi apellido. O Peggy, mi exnovia, aunque no sé por qué tenía que pensar precisamente en ella cuando hacía mucho tiempo que había dejado de hacerlo... Y también Tierra y Dios, dos palabras muy entrañables y queridas... pero lo demás... sonaba tan extraño, tan absurdo, con aquella fonética intermedia entre un lenguaje nórdico y uno meridional, aunque no tenía nada de ninguno de ellos y sí una musicalidad, unas vibraciones ricas en matices y color, un sonido que no se parecía a nada de cuanto había oído jamás el ser humano.

Abrí los ojos, aguijoneado por temores y aprensiones muy intensas, cuando recordé mis momentos de apuro ante el diario de a bordo. ¿Por qué demonios tuve que dormirme entonces si yo no quería dormir ni me sentía cansado?

Observé con cierto terror que las tinieblas me envolvían. Esto sí era digno de provocarme auténtico, pánico. Las luces del «Martian» estaban encendidas cuando yo me dormí. Sólo el agotamiento de la energía nuclear impulsora de sus motores podía provocar el oscurecimiento total de a bordo. Y eso significaría el frío paulatino, el final del aire respirable, la muerte, atroz y espeluznante, en aquel inhóspito mundo de Marte...

De nuevo mi mente pensó a la fuerza en dos cosas: «Azyar y Vegrahwi». ¡Al demonio con ellas! Estaba seguro de que ni siquiera correspondían al esperanto. Por mí, podían seguir machacándome el cerebro cuanto quisieran. No les haría ningún caso.

Traté de levantarme. Y NO PUDE. Entonces advertí que yacía tendido en

algún sitio. Yo me dormí SENTADO. ¿También era sonámbulo? No, no era posible tanto cataclismo junto. Las manos pude moverlas. Las piernas también. Me palpé, atónito. Nada me ligaba a «aquello» donde yacía. Pero seguía sin poderme mover fuera de ello. Realmente angustiado, toqué con frenesí la superficie donde yacía, boca arriba.

El material que toqué me resultó desconocido. No era mi lecho del «Martian». No era ningún mueble o utensilio conocido de mi nave. No era nada de nada, aunque tenía que ser algo, si ya no estaba rematadamente loco el señor Ullman, capitán de las Fuerzas Aéreas norteamericanas...

—¿ESTÁ MEJOR, SEÑOR ULLMAN?

Tragué saliva. No... ¡esto además, no! Abrí mis ojos, angustiado, fijándolos en las tinieblas que me cercaban. Éstas, como por arte de magia imposible, se disolvieron. Esa es la palabra; se disolvieron, mostrando una luz ambarina, pálida y a la vez resplandeciente, que no brotaba de lámpara ni lugar concreto alguno, sino de todas partes a la vez.

Muros cristalinos, azules o violáceos (o acaso un color intermedio entre ambos, totalmente indescriptible, según el concepto de colores que nosotros tenemos), me rodeaban por doquier. La mesa, cama o como quiera llamársele, donde yo reposaba, era igualmente translúcida, vidriosa y azul-lila. Aparentemente era lisa y dura, pero su blandura resultaba asombrosa.

Y, desde luego, aquello no se parecía en absoluto al «Martian». No era el «Martian».

—«¿Está mejor, señor Ullman?» —había dicho la misma voz que dijera una vez «Hombre...», aquel mismo día o cien años atrás, de eso ya no estaba seguro. Su tono había sido igualmente balbuceante y tierno; dulzón, afable, inseguro, como si modulara las palabras a viva fuerza, Y, eso sí, con un matiz, un acento, que me recordaron la fonética musical de «Azyar», «Vegrahwi» y todo aquello que seguía bailándome en la cabeza...

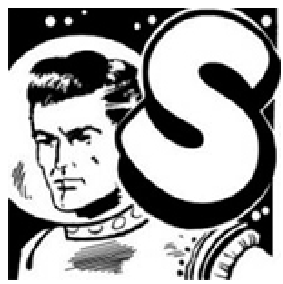
Estaba solo. Lo había estado hasta cosa de un segundo antes, si el segundo significaba algo en Marte, si los vetustos conceptos de Tiempo, Espacio, Luz y Sonido de los hombres tenían algún punto de contacto con los de Marte. Ahora ya no estaba solo.

Gemí algo entre dientes y cerré los párpados para alejar la visión. Pero era inútil. Inútil de todo punto. Ante mi tenía una MUJER.

UNA MUJER. LA MUJER MÁS HERMOSA, MÁS INCONCEBIBLEMENTE PERFECTA, BELLA Y ADMIRABLE DE TODA LA CREACIÓN. LA MUJER POR EXCELENCIA... «¡La Mujer», única y exclusivamente!

## Capítulo III

## «AZYAR»



OY ya visible para usted, ¿verdad, señor Ullman?

Eran sus labios, sus prodigiosos, perfectos, rojos y maravillosos labios los que habíanse movido suavemente al sonar la voz, aquella voz fantásticamente dulce, cristalina. Jamás mujer alguna había hablado así, al menos en mis oídos. Poseía la musicalidad exótica del trino de un pájaro tropical, la vibración de un vidrio golpeado por una varilla de plata y la fascinación de la nota de una flauta en la serpiente.

—Por favor, no... —gemí, tratando de llevar las manos a la cabeza, aunque suponía que aquella rara fuerza que me retenía contra la cama, mesa o lo que fuese, me lo impediría. No fue así. Puede mover mis brazos con libertad y apretar mis sienes alteradas—. No puedo entender nada, no concibo cosa alguna ni veo nada con claridad... ¿Dónde estoy, quién es usted, qué es todo esto que me rodea y cómo he podido llegar hasta aquí?

Ella sonrió. Asombrado, comprobé que su sonrisa era tan subyugante como su voz y como su físico. Extraño era el matiz plata centelleante de su cabello, extraña su piel tersa y cobriza. Extraños los rasgados y grandes ojos verdes que me miraban bajo el doble arco perfecto de unas cejas oscuras. La boca carnosa era tan perfecta como todo en ella. Y muy roja.

Sin duda iba vestida, aunque aquel tejido, o lo que fuese, se adhería como una segunda piel a su fantástico cuerpo, no muy alto, pero tampoco bajo. Estilizada de líneas, como una escultura bañada en plata, la plata escamosa de su curioso traje. El seno erguido, la cintura estrecha, la turgencia de sus caderas; la longitud esbelta, idealizada, de sus piernas. Y, sin embargo, en ella no había nada carnal, nada materialmente provocativo, sino que tenía un halo poético, extraño casi imposible de definir y explicar.

—Pregunta mucho, señor Ullman —dijo ella—. Y yo sé poco de usted... de su idioma, de sus sonidos... Es como empezar... empezar a hablar, ¿no dicen ustedes eso?

—¿Ustedes? ¿Y quiénes son ustedes? ¿Los norteamericanos? —inquirí, empezando a no sorprenderme ya de nada.

—¿Norte... norteamericanos? —habló con más dificultad, abriendo mucho sus hermosas pupilas de esmeralda purísima—. No, no... No es eso. Digo... quiero decir... terrestres, ¿no?

—«¿Terrestres?» —sin saber por qué, empecé a sudar copiosamente. Era un sudor muy frío—. Eso... eso quiere decir que usted... que usted no es... no es...

—No soy terrestre —dijo con encantadora ingenuidad—. Claro que no, señor Ullman.

—¡Cielos! ¡Eso no puede ser! ¡Usted... usted no puede ser MARCIANA!

—¿No? —parecía perpleja por mi negativa.

—¡Claro que no! —estallé, frenético, irguiéndome hasta quedar sentado sobre aquella mesa similar a la de los quirófanos de mi mundo—. ¡Usted es una mujer, una mujer como las de la Tierra, más hermosa y asombrosa que cualquier otra mujer! ¡Usted habla inglés, usted me entiende a mí, sabe cómo me llamo! ¡Sería imposible que fuera... que fuera...!

—¿Qué fuera de Marte, como ustedes dicen? Pues lo soy, señor Ullman. Soy nacida aquí, en la superficie de nuestro querido Vegrahwi... Marte, en su lenguaje.

—¿Vegrahwi? —fruncí el ceño—. ¡He soñado con esa palabra! ¡Y con otras más!... ¡Azyar, Inni... Sakhazyy!... ¡Puedo recordarlas aún!

—No ha soñado —ella negó lentamente con la cabeza, agitando aquel fantástico pelo color plata que no parecía obra de tinte alguno—. Son ideas que usted ha captado al efectuarse la conexión de pensamientos e ideas entre nosotros. Le ha quedado algo nuestro en su cerebro. Vegrahwi es Marte; Inni es Dios en su lengua... Azyar... es mi nombre.

—¡Azyar! —la miré, profundamente desconcertado, sin saber si creerla, pedir una camisa de fuerza o echarme a reír sin ton ni son. Opté por no hacer nada y añadir—: Suena muy bien... Me gusta ese nombre...

—Gracias —aquella divinidad platinada se acercó a mí. Andaba como una mujer de la tierra, poseía todo el atractivo y poder de seducción que podía tener la más hermosa mujer de nuestro mundo. Y decía que era... «marciana»—. Señor Ullman, voy a explicarle algo... Usted lleva dormido mucho tiempo. «Tiempo» llaman ustedes a la forma de medir el espacio en que nos movemos los seres vivos, ya sea en su Tierra, ya en Vegrahwi... Durante ese periodo de inconsciencia hemos leído en su mente, hemos extraído sus ideas, pensamientos, formas de expresión e imágenes del pasado y presente, adaptándolas a nuestra propia lengua, mentalidad y concepto de las cosas. Poseemos un cerebro mucho más desarrollado que los habitantes de su mundo, y perdone que se lo diga. No es inmodestia, porque desconocemos el orgullo y todo eso que ustedes entienden por presunción del propio valer. Vegrahwi —o Marte, si lo entiende mejor— es un mundo de gentes sencillas. Lo era más, pero de eso hablaremos más adelante... Su mente, al entrar en nuestro planeta, ha creado una curiosa interferencia mental en nosotros y nos ha atraído a su nave del espacio. De nosotros procedían los sonidos que captó

por sus altavoces. Luego, tratamos de hacerle entender, usamos lo poco que íbamos «leyendo» en su cerebro, y usted resultó no estar preparado para tales experiencias. «Vimos» sus caracteres escritos a distancia, entonces nos acercamos a usted y apoderándonos de su mente le hicimos reposar, trasladándole aquí en el acto y procedimos a explorar su mente a fondo, para captar su lenguaje y poder aprenderlo inmediatamente a fin de podernos entender. Como verá, todo se ha logrado sin dificultad.

—¡Espere, espere un momento! —grité, logrando ponerme en pie ante la hermosa dama de Marte y tratando de entender algo—. Si no estoy loco, quiere decir que ustedes... ustedes «pueden» leer en la mente de todo ser vivo, «pueden» aprender una lengua extraña en el tiempo que uno de nosotros tardaría en aprender una simple oración, y... ¡Oh, cielo santo, no puede ser! Una vez escribí algo así en una novela de «anticipación» y mi editor dijo que mi imaginación empezaba a flaquear...

—Eso último no puedo entenderlo —sonrió ella, divertida—. No logro seguir el curso de sus pensamientos tan rápidamente. Ustedes, los terrestres, son demasiado veloces. Pero le diré que en Marte la lectura de la mente ajena ha sido siempre tarea sencilla y no nos diferenciamos tanto unos de otros como para fracasar con usted. Ya le he dicho que el cerebro de usted es más sencillo y simple...

—Gracias —dije con cierta sequedad. Aquella criatura me volvía demente —. ¿Dónde estoy, pues, en estos momentos? ¿Es esto una ciudad marciana?

—En cierto modo sí... pero no —sonrió de nuevo la dama que dijera llamarse «Azyar»—. Ya sabrá dónde está. Supongo que le intrigará saber cómo llegó aquí.

—Es una de las cosas que más me sorprenden y no he podido explicármelo todavía.

—En realidad, nosotros nunca hemos entrado «allí». Nos limitamos a trasladarnos por medio de la transmisión de energía a distancia, que nos permite descomponer nuestros cuerpos y proyectarnos a cualquier punto, por lejano que esté situado.

—¡La energía, dominada y utilizada para viajar por el espacio! —exclamé, asombrado.

—La materia trasladada a cualquier lugar y materializada allí de nuevo. Eso es. Así acudimos hasta usted y así ha venido usted aquí. Basta lo que llaman ustedes un... un minuto, para recorrer miles de millas, millones incluso...

—¡Lo que pensarían de mí en la Tierra si dijera yo todo eso! —musité, aturdido.

—No tiene nada de prodigioso. Ya llegarán ustedes a lograrlo algún día. Ahora, señor Ullman, ¿quiere seguirme, por favor?

—¿Adónde vamos? —sentí cierto recelo, que la hizo reír.

—A ver a otras personas de Marte. Mi padre, mis hermanos y amigos... La familia existe también en Marte, señor Ullman.

—¿Cómo iba yo a imaginar que fuesen... que fuesen seres iguales a nosotros? —dije.

Ella, de pronto, se volvió a mí y dijo lo más inverosímil de todo lo oído allí:

—NO SOMOS COMO USTEDES, SEÑOR ULLMAN. ME HE TRANSFORMADO, SEGÚN LA IMAGEN DE MUJER CAPTADA EN SUS PENSAMIENTOS, PARA TOMAR FORMA HUMANA Y ENTENDERNOS ASÍ MEJOR...

* * *

Mientras ella caminaba con paso grácil y elegante, a poca distancia delante de mí, por aquel vasto corredor de suelo brillante, cristalino, igual que los muros translúcidos de rara claridad azul o ambarina, la absurda, grotesca e inconcebible idea pugnaba por meterse en mí sin el menor éxito.

Que aquella maravilla viviente de mujer no fuese REAL, que no tuviera esa forma auténtica, y que acaso pudiera resultar una especie de lagarto, transformado por Dios sabe qué prodigio fisiológico o artificial en un ser igual a los terrestres, era lo que menos me cabía en la cabeza, de toda la serie de prodigios inconcebibles e inexplicables que acababan de meterme a viva fuerza en mi pobre cerebro calenturiento.

Supongo que todo el mundo ha visto películas o ha leído nóvelas de esas en que se relata la existencia de seres de otros mundos, capaces de amoldarse a las formas existentes en la Tierra. Pero de eso a que uno sepa que en la vida real, sea en Marte o en otro lugar de los inmensos espacios siderales, es posible tal metamorfosis, hay un buen trecho.

Ahora iba a encontrarme con otros seres de Vegrahwi —Marte— y me preguntaba si los vería a través de un prisma terreno o puramente marciano, en cuyo caso conocería la verdadera naturaleza física de aquel portento de mujer que me había encontrado al salir de mi, por lo visto, artificial letargo.

Que las cosas habían ocurrido tal como «Azyar» decía era evidente. Si no, ¿cómo iba a estar yo en otro lugar que no era el «Martian», cómo iba a hablar ella inglés tan a la perfección como yo mismo y cómo era posible explicar aquellos sonidos, voces y demás señales de vida que percibiera en la nave, así como esas «interferencias» mentales que yo atribuyera a pura imaginación mía, cuando en realidad era evidente que para aquellos fenómenos de la telepatía, la transmisión de la materia o la energía a distancia y demás maravillas tras de las cuales anda el Hombre durante siglos, vanamente, era cosa elemental?

Y si todo era cierto me encontraba en un mundo habitado por seres de una capacidad mental realmente portentosa, alucinante. Marte podría ser un mundo todo lo agónico y moribundo que se quisiera, pero sus seres no tenían nada de tales. O, al menos, eso es lo que yo pensaba en aquel momento. Claro que ¿cómo iba a saber yo entonces la terrible verdad, el misterio espeluznante

del desdichado mundo marciano que era, a la vez, un pavoroso misterio cósmico de incalculable alcance para todo planeta habitado y para la Creación misma?

«Azyar» me condujo por una vasta nave sin utensilios sin maquinarias ni objetos de ninguna clase. Su desnudez, así como aquella luz que brotaba de los muros translúcidos, cóncavos, igual y sin penumbras, me causaban el efecto de un enorme desierto artificial, creado con fines ignotos y desconcertantes.

De pronto apareció ante nosotros una curiosa vía en forma de ancha banda, de color metálico, aunque no era exactamente de metal, en constante movimiento, como esas escaleras mecánicas que se pueden ver en cualquier almacén o estación de tren subterráneo en nuestro mundo. Avanzaba a velocidad moderada, de derecha a izquierda, desapareciendo en un orificio circular del muro.

«Azyar» se volvió a mí. Tendióme una mano larga, de esbeltos dedos rematados por uñas nacarinas, de un brillo y dureza singulares.

—Vamos, señor Ullman —dijo—. Pronto estaremos en la Gran Nave Central...

—Prefiero que me llame Roy. Es mi nombre, “Azyar”.

—Entonces vamos... Roy —por muy marciana que fuese, me sonrió de un modo capaz de enloquecer a cualquiera y me aferré a su mano, sin pensar en la desagradable posibilidad de que estuviera asiendo a un cangrejo, un ser verdoso y con antenas o cosa parecida. Para mí, «Azyar» era «Azyar». Una chica estupenda, con pelo de plata, tez bronceada y ojos verdes. Bueno, de lo que uno no encuentra en la Tierra por mucho que busque. ¡Si la hubieran visto en Hollywood! Hollywood es un sitio donde hace unos treinta años se hacía cine... Tal vez alguno de ustedes lo recuerde aún.

Montamos sobre aquella banda de apariencia metálica, tan acolchada como la mesa donde desperté, y sentí un poco la sensación de ir sobre una alfombra voladora. Aquella vía rodante avanzaba a cierta altura sobre el suelo, hundiéndose al fin en el túnel circular. Que no resultó ser oscuro, aunque allí la claridad de los muros vidriosos era de un tono violáceo, indescriptiblemente tenue.

Entonces vi el lugar más fantástico e increíble de toda mi vida... al menos hasta entonces. Era como descubrir una ciudad oculta bajo una capa de nácar o de vidrio plastificado e iluminado por millones de luces ocultas. Raras edificaciones, similares a las que entreví en aquella fotografía de la superficie marciana, de formas preferentemente verticales, con cúpulas esféricas u ovales, todo ello igualmente fosforescente y con luz propia. En Marte, sin duda, habían dado con la energía constante y eterna, ya fuese solar o de otro medio. Luz, calor, vida, todo parecía crearse artificialmente en aquella urbe extraña, fabulosa, cercada de luminosidad, silencio y muros nacarinos, en forma de inmensa bóveda. Artefactos de color gris acero o verde pálido surcaban sus «calles» y las serpentinas metálicas que ascendían, en forma de

sacacorchos o espiral, hasta la parte más alta de aquellos singulares edificios, mezcla de asombrosas catedrales y sobrias mezquitas rematadas por minaretes bruñidos de raras configuraciones.

Si aquello era Marte, si las ciudades marcianas eran así, los pobres autores de «ficciones científicas» tenían mucho que aprender en cuanto a imaginación. Yo, sinceramente, también tendría que aprender mucho para reflejar todo aquel prodigio inconcebible.

—Nuestra ciudad, Roy —la voz de «Azyar», al sonar tan cerca, me sobresaltó. La miré y vi que sus ojos centelleaban, verdes y puros, fijos en mi rostro, con una curiosidad muy «humana». Aunque ella fuera lo que fuese—. «Makrod»...

—¿«Makrod»? —repetí, con fonética bastante aceptable, para ser la primera vez que hablaba marciano—. Hum... ¿Es esta la capital de algún Estado o país, «Azyar»?

—No, Roy. Es pequeña, ¿no ves? Y escondida. Otras ciudades grandes y poderosas de Marte no están escondidas... Se ven sobre su corteza. ¿No viste tú una?

—Oh, ¿aquello era una ciudad? Y también vi los canales...

—¿«Canales»? —rió, como comprendiendo. Me dio la poco cómoda impresión de que podía ir leyendo los pensamientos a medida que uno hablaba —. Ya sé. No son canales, Roy. Fueron rutas de navegación y viajes entre nuestros países, cuando se creó la Federación de Estados de Marte. ¿Traduzco bien a tu lengua, Roy?

Asentí, fascinado, y ella continuó, sin que la banda metálica cesara de viajar por entre edificios de asombrosa arquitectura vertical, como rascacielos vistos por los ojos de un demente.

—Entonces Marte era un mundo adelantado, poderoso y fuerte. «Inni»... bueno, Dios, parecía habernos hecho sus hijos predilectos... La construcción de... de los «canales» fue la obra de ingeniería más portentosa de todos los tiempos. Y un caudal de vida para todo nuestro mundo.

—Sois un pueblo prodigioso, sin duda —dije, sin maravillarme ya de nada —. ¿Cómo siendo tan superiores al Hombre no intentasteis llegar a la Tierra, a otros mundos?

—¿Para qué? —ella se encogió de hombros—. No sirve de nada explorar otros lugares, cuando ese esfuerzo se puede emplear en la mejora del propio mundo. A vosotros os falta humildad y sensatez para obrar igual. Por eso has llegado tú a mi mundo, Roy...

—Sí, empiezo a ver que tenemos que aprender mucho de Marte, incluso moralmente —suspiré, pensativo—. Pero cualquiera baja a convencer de eso a nuestros, presidentes y reyes.

—Ya hemos llegado —dijo ella por toda respuesta—. Salta a tierra, Roy.

Salté. La velocidad de la banda permitía eso sin dificultades. Ella me siguió. Lo hicimos en una de aquellas serpentinas metálicas, por las que subían vehículos monorraíles de extraña forma oval, como suspendidos en el

vacío, a velocidades enormes. Sería la planta veinte o veinticinco de un alto edificio de color ámbar, rematado por una cúpula hemisférica, de tonalidad opalescente.

—¿Vamos a ver a vuestro rey o cosa parecida? —pregunté, absorto, mirando allá abajo, a las «calles» situadas cosa de sesenta metros bajo mis pies. Nadie caminaba por ellas, no se veía ser viviente alguno. Y los vehículos que pasaban lucían unos curiosos vidrios mate, sin luz ni transparencia, que hacían imposible ver a sus ocupantes. La idea volvió a torturarme, mientras «Azyar» me guiaba, caminando ante mí como la más hermosa y delicada hija de Eva, digna de un concurso de belleza en Long Beach. Concurso que ganaría de calle, sin la menor oposición. ¿Cómo serían los «marcianos»? ¿Cómo sería «ella»?

«Azyar» no me respondió hasta transcurrido cierto tiempo. Entonces se volvió a mí, cuando acabábamos de pasar una puerta, ventana o balcón —que de todo tenía— y enfilábamos un lustroso corredor que parecía hecho con muros y suelo de ónix, negro y pulimentado.

—Vamos a ver a mi padre, Roy —me informó suavemente—. Es persona de gran poder aquí. Inteligente, autoritario y grande. También es bondadoso y noble. A él debemos todo esto, porque sin él seríamos parias o algo peor. Esclavos tal vez...

—¿Esclavos? —fruncí el ceño. Odio esa palabra—. ¿Esclavos de quién, «Azyar»?

Entonces, por vez primera, el gesto de ella se ensombreció. Señalándome el fondo de aquel corredor, en el que destacaba un óvalo azul pálido, iluminado con la misma claridad fosforescente de todo lo de Marte, dijo con voz inexpresiva:

—Él te lo explicará, Roy. Es algo tan terrible... que yo no sabría referírtelo, ni tampoco me creerías. Además, es un tema prohibido casi para todos. Hablar de ello encierra peligro. «Ellos» son tan sutiles, tan penetrantes y poderosos, que...

—¿«Ellos»? ¿Quiénes son «ellos», Azyar?

—Ve tú solo, Roy —dijo Azyar por toda respuesta, eludiendo informarme —. Mi padre, Lothai-Wazkyy, te informará...

Me dejó de pronto, inesperadamente, antes de que pudiera detenerla y por el expeditivo procedimiento de desintegrarse, evaporarse o eclipsarse, como ustedes quieran. El caso cierto es que desapareció de repente, se fundió en el aire, dejándome solo en aquel maldito pasillo negro y reluciente. Recordé: materia proyectada a distancia, energía dominada...

No podía sorprenderme. Ni siquiera horrorizarme. Lo mejor era hacer como Alicia cuando entró en el París de las Maravillas y admitir las cosas en su exacta apariencia y sentido. Olvidarse del mundo en que uno había nacido y todo lo demás. Esto era algo diferente.

De modo que crucé el largo, larguísimo corredor, temiendo resbalar sobre aquella dura materia negra y cristalina, llegué a la puerta oval, azulada, y esta

se abrió ante mí sin tocarla. Entré en una estancia repleta de aparatos extraños y de objetos indescifrables, no solo para mí, sino sin duda para todo terrestre intelectual o científico.

—Pase, señor Ullman. Capitán Roy Ullman, de un país de la Tierra llamado Estados Unidos, ¿no es eso?

Me volví, dando un respingo. La voz que sonaba era tan balbuceante al modular las palabras en inglés como la de mi bella anfitriona en Marte. Y casi tan musical, aunque más espesa, más... varonil. Al menos, en Marte también existía esa diferencia de matiz.

Entonces vi al padre de «Azyar». Conocí al primer marciano en mi vida, es decir, al primero sin envoltura humana, sin metamorfosis terrena. Tal como eran ellos en realidad.

Porque, a no dudar, aquel era Lothai-Wazkyy, el padre de «Azyar».

## Capítulo IV

## MUNDO INVADIDO




RA hermoso y sorprendente a la vez. Empecé a darme cuenta de por qué «Azyar» habíase presentado con tan prodigiosa envoltura humana. Yo no había querido hablar con ella de la supuesta metamorfosis y ella tampoco se refirió en absoluto a tal extremo durante nuestra charla y viaje hasta aquella curiosa ciudad oculta.

Pero si «Azyar» era hermosa como marciana, tenía que seguir siéndolo en su exacta equivalencia terrestre. Había trocado su forma y esta era prodigiosa. También lo era la original si se parecía a su padre.

Uno vive hecho a la idea absurda de que si existe vida en otros planetas sus habitantes han de ser forzosamente seres extraños, amorfos o crustáceos. Raros ejemplares, mezcla de peces y ranas o mezcla de humanoide y vegetal, por ejemplo. Tonterías. Lothai-Wazkyy no era nada de todo eso. Por el contrario, repito, era a la vez increíblemente hermoso e inesperadamente singular.

—Bienvenido, Roy Ullman, a la ciudad secreta de Makrod, último reducto de la civilización marciana sobre nuestro pobre mundo —dijo el ser con quién me enfrentaba.

Lothai-Wazkyy hubiera causado la envidia de Fidias, de Miguel Ángel, de Rodin o de cualquier otro gran escultor. Porque eso y no otra cosa eran los seres vivos de Marte: portentosas, increíbles esculturas, cuya forma era más suave y a la vez más arrogante y perfecta que la humana, asemejándose a esta, ya que poseían extremidades de una sensible musculatura y una fabulosa arrogancia de líneas, para culminar en lo que, siendo a la vez cráneo y rostro, no tenía, en realidad, nada de todo esto. Sobre su piel, epidermis o lo que fuere, de un blanco opalescente, se llegaban a siluetear, abocetándose, las líneas de un rostro. Pero era como si el escultor, al iniciar la creación de su soberbia obra, hubiese olvidado remacharla con ojos, boca y nariz. Todo ello, simplemente, se perfilaba como un rostro incompleto modelado en magnífico e inmaculado mármol blanco, de suave y rara fosforescencia o luminosidad.

¿Humano? No. ¿Animal o vegetal? Tampoco. Era, en resumen, hermoso.

La tersa piel marmórea del rostro se estremecía a medida que hablaba, con una voz salida de su interior, pero que producía la sensación de estar colocada en él por un notable ventrílocuo, al modular sin presencia visible de boca alguna o cavidad que hiciera sus veces.

Aquel ser, de forma a la vez irreal y soberbia, que no llevaba ningún ropaje sobre sí, con lo que su semejanza con una estatua desnuda era mucho mayor aún, de tersa piel blanca, como pulimentada por fricción, y armoniosos movimientos, propios de una figura de «ballet», avanzó hacia mí. No veía gesto alguno, porque carecía de rostro. Y sin embargo «captaba» su simpatía, su bondad.

Acaso también yo me estaba volviendo telépata en aquel mundo de mentes superiores.

—Es un placer —dije, sintiéndome ridículamente cortés—. Aunque no lo crea usted, yo...

—Le creo, Ullman —dijo aquel ser—. Le creo porque leo ahora sus ideas y veo lo que siente. Celebro esto. Cuando entre dos seres de formas distintas como nosotros existe un principio de aversión, no hay entendimiento posible. Así, todo irá bien. No me gustaría que pensara usted que aquí queremos forzarle a nada de nada, ni obligarle a hacer algo que le repugne. Podemos, con nuestro sistema de proyección a distancia de las moléculas y átomos vivientes, remitirle de nuevo a su nave especial, si así lo desea, y terminarán sus desventuras en el viejo mundo de Vegfahwi... perdón, de Marte.

Me gustaba su modo de expresarse. Aunque hubiera sentido igual simpatía. Pero aquella arrogante estatua, aquella especie de blanca sombra luminiscente y viva, que recordaba vagamente a los seres mitológicos de un Dante o un Homero, tenía fuerza, vigor, «personalidad» y simpatía inmensa.

—No deseo nada de eso, ni me siento forzado a cosa alguna —dije con toda mi alma—. Mis hermanos de raza piensan en otros mundos con cierto tono belicista y receloso, pero yo carezco de prejuicios y he de admitir las cosas como son, no como se imaginan antes de vivirlas. Desde que he despertado y he visto a «Azyar» no me siento obligado a nada de esto. He llegado a pensar que parezco un invitado de honor entre... entre ustedes.

—Lo es, en cierto modo —dijo aquella voz interior, bella y grave—. Al principio pensé si «Inni» le enviaba, Ullman, hasta nosotros, para aliviar nuestros pesares.

—No, Dios no me envía —denegué, pesimista—. No creo que en mi mundo estemos tan cerca de Él como para merecer tal bondad. Sólo soy un hombre aventurero y loco, que se embarcó en un disparate. Y aquí estoy... No espere demasiado de mí en cosa alguna. Habrá comprobado, durante su examen mental de mi cerebro, que no servimos para mucho al lado suyo.

—Ullman, la Creación es algo notable, ahora me doy más cuenta que nunca —dijo aquella soberbia figura escultórica, moviéndose un poco más hacia mí. Irradiaba dulzura y fe—. Lo que «Inni» nos ha dado a unos lo compensa dando a otros cualidades de las que carecemos y que a veces nos

resultarían más ventajosas que toda la supuesta superioridad de que nos creemos poseedores.

—No le comprendo —dije, frunciendo el ceño.

—Vamos, venga conmigo, Ullman. Siéntese y hablaremos —dijo con su melancólico inglés aquel ser nacido a cincuenta y tantos millones de millas de donde se hablaba ese idioma—. Sé que ustedes están más cómodos en esa posición...

—¿Hay algo que no sepan ustedes después de analizar un cerebro? —ironicé, sin saber si le hacía reír, o su equivalente en marciano, dada su carencia de gesto.

Sin responder a mi ironía, me condujo a una segunda estancia, sin tantos aparatos complicados, de vidriosas paredes rosadas, curiosísimos muebles ambarinos, con abundancia de líneas curvas y aerodinámicas, en uno de los cuales me invitó a sentar, mientras él hacía algo similar, aunque doblando en forma diferente los miembros, sobre una especie de diván.

—Ahora estará mejor —dijo— y, podrá escuchar mi relato. Es posible que, en lo sucesivo, ningún otro habitante de Marte ni de lugar alguno pueda repetirle la historia. Nuestra condenación al silencio es, desgraciadamente, inevitable, fatal. Y cuando el silencio eterno llegue quiero que alguien, en algún lugar del Cosmos, conozca la terrible amenaza y pueda llegar a advertir a otros seres del peligro que les acecha en la noche de los espacios.

Se me erizó el cabello, sin saber a ciencia cierta por qué. Acaso fue el tono, sencillo como todo lo de ellos, pero terriblemente concreto, claro y expresivo.

Le miré fijamente.

—¿Es que esperan morir en breve, a causa de alguna devastación, epidemia o cosa así? —aventuré, ansioso—. ¿O creen que ha llegado la hora de su desaparición como raza viva?

—Eso sería consolador y hermoso, Ullman —dijo con una seguridad que me aterró. ¿Es que había algo peor que la muerte para convertir a esta en una cosa bella y deseable?—. Todos mis hermanos de raza desearían haber muerto. Nosotros mismos hubiéramos terminado con las vidas de los que quedamos de no atentar con ello contra nuestra fe y también contra la última y debilísima esperanza que subsiste de salvar aún lo insalvable.

—No logro comprender nada de eso, Lothai-Wazkyy —confesé, desconcertado.

—Es fácil de entender, Ullman. ESTAMOS INVADIDOS. MARTE SE HALLA EN PODER DE LOS «ZSAKS», LLEGADOS DE UN MUNDO REMOTO, DE LA GALAXIA DE UAH-IDD... LA «ANDRÓMEDA», COMO USTEDES LA LLAMAN...

—¡Dios mío! —musité, comprendiendo algo—. Una invasión planetaria... ¿Y los... los «Zsaks» son crueles, dominadores?

Antes de hablar moduló una especie de risa burlona, que sonó a hecatombe. Y dijo:

—Son algo mucho peor que todo eso, Ullman. Son seres SILENCIOSOS,

sin oídos, voz ni sentido de las vibraciones sonoras... Y SIN EMBARGO, LEEN EN NUESTRAS MENTES CON MÁS FACILIDAD DE LO QUE YO LO HAGO EN LA SUYA, ULLMAN, Y QUIEREN DOMINAR EL UNIVERSO, REDUCIENDO A LA ESCLAVITUD Y AL SILENCIO ETERNOS A TODOS LOS PUEBLOS INTELIGENTES DEL COSMOS. GALAXIA POR GALAXIA, SISTEMA POR SISTEMA... Y PLANETA POR PLANETA...

* * *

—Nuestra civilización actual data de más de sesenta siglos, Ullman —empezó la historia relatada por la voz de Lothai-Wazkyy—. Un pueblo laborioso, inteligente y humilde, que jamás se consideró llegado a la cumbre del saber, porque este jamás tuvo límites. Hemos progresado en todas las Ciencias y Artes y ni siquiera el agotamiento rápido y progresivo del oxígeno en nuestra atmósfera, así como la rápida oxidación de las materias por fosilización del oxígeno mismo, pudo terminar con nuestro progreso y vida. Evolucionó nuestra naturaleza, adaptándose a la abundancia de gases inertes, como el argón o el nitrógeno, y nosotros compensamos pequeñas deficiencias respiratorias a base de adelantos químico-orgánicos que resultarían muy complejos de describir ahora en vuestro idioma...

—Pero yo, YO, soy terrestre —argüí con rapidez—. Y respiro sin escafandra, resisto la presión, no advierto molestia alguna, bien pulmonar o arterial...

—Está usted en nuestra ciudad secreta, Ullman. Un recinto donde se puede graduar a voluntad la presión y la atmósfera, dotándola de capacidad para cualquier organismo vivo. Por otro lado, de no ser así, durante su sopor pudimos haberle alterado el sistema respiratorio y arterial, amoldándolo a nuestro propio ambiente. Podemos hacerlo.

—¡Cielos! Ustedes lo pueden todo, a lo que veo... —dije, asombrado.

—No todo —sonrió sin duda, porque su voz sonó entre risueña y amarga. Pero claro, aquella estatua viviente no podía hacer material su posible sonrisa —. Los «Zsaks» nos han vencido. Totalmente. Implacablemente. La única excusa que tenemos es que igual vencerán a todo ser viviente, sea del planeta que sea.

—Pero ¿«qué» son los «Zsaks»?

—Cerebros vivientes. Pero auténticos parásitos, que necesitan un cuerpo, una forma a la que aferrarse para utilizarla como vehículo de sus acciones. Por eso precisan razas de esclavos, para transformarlas en «robots», bajo su único y despiadado mando. No sé aún cómo llegaron a nuestro mundo. Es posible que lo hicieran en un estado incipiente, de desarrollo, sobre aerolitos, o también pudieron utilizar naves espaciales construidas en otros mundos de esclavos a su merced. Lo cierto es que ellos, por sí solos, y pese a su poderosa mentalidad, a su tremenda fuerza cerebral, no pueden construir nada material,

porque carecen de manos, de miembros útiles. Sus membranas son tan delgadas y frágiles como si fueran puro cristal, inútil para toda labor física. Se limitan a sustentar sobre doce o veinticuatro de esas membranas o delgadísimos tentáculos, según sean macho o hembra, su monstruosa masa encefálica, provista de un solo ojo estrecho y maligno, bajo el cerebro, visible a través de una delgada membrana transparente.

Me estremecí. La descripción no era agradable. A su lado, los marcianos serían verdaderos dioses de hermosura olímpica.

—Una pesadilla... —musité, asqueado.

—Sí. Una pesadilla. Millones de pesadillas, mejor dicho. Porque brotan por millones. Se reproducen igual que si fueran hierbas parasitarias, en cantidades fabulosas, y son insaciables y desalmados. Un azote terrible para el mundo donde caen.

«Cuando cayeron aquí, nos declararon inmediatamente su feroz y despiadada guerra. Es posible que entre su llegada y su acción, existiera un período de espera, mientras crecían y se multiplicaban en algún lugar recóndito de Marte. Lo cierto es que de repente desencadenaron su ataque. Invadieron pueblos, ciudades, continentes y Federaciones de Estados Aliados. Nuestros sistemas de gobierno no diferían mucho de los vuestros, según vimos a través de sus pensamientos, capitán Ullman. Todos cayeron casi al mismo tiempo, vencidas las tropas, desmembrados los sistemas de defensa, desarticulados ejércitos, armas y toda clase de ingenios y recursos bélicos, a fuerza de constantes focos de traición y rebeldía, provocados por la absorción de marcianos por parte de los cerebros «Zsaks».

»Fueron años de horror total, absorbente. Nuestra más grande capital, Centro de los Grandes Estados Federados de Marte, cayó bajo la potente garra invisible de los «Zsaks». Y la sombra de la esclavitud cayó sobre nosotros. Ellos nos dominaron, impusieron su doctrina de terror, de SILENCIO...

—¿Silencio? Ya antes dijo eso mismo y no logré entenderlo. El silencio contra una dictadura cruel y violenta solo puede ser parcial. Siempre existe la rebeldía, siempre hay la mente que rechaza esa abyecta esclavitud... Al menos, así ocurre en nuestro mundo.

—No la de los «Zsaks», Ullman —dijo el padre de Azyar—. No hay escapatoria, no hay rebeldía posible, porque el rebelde es destruido en el acto.

—¿Cómo? El pensamiento no puede ser destruido ni... —me detuve. Mi pensamiento había sido lectura fácil para los hombres de Marte. ¿Cómo serían los de los marcianos para los «Zsaks»?

—¿Ve? Usted mismo se detiene, vacila. Se ha dado cuenta de que puede ser destruido. Todo lo destruyen, material o mental, si es peligroso para ellos. Las ciudades que dominan son verdaderos mundos de silencio, lugares donde el ruido no existe, donde nadie habla ni se transmite palabras, ni siquiera pensamientos, porque en toda casa, en toda calle y en todo lugar desierto, están ellos. Los ojos electrónicos o magnéticos, los mandos y controles a distancia, el férreo escrutamiento de los cerebros de Marte por sus poderosos

sistemas telepáticos, que hacen de la mente de uno de nosotros un sumiso esclavo, un vehículo de simple retransmisión a nuestros miembros, para efectuar el trabajo que desean hacer.

»Hay unos vehículos que circulan por doquier llevando dentro de sí antenas receptoras del pensamiento o del sonido que, en el acto, son recibidas por los «Zsaks», que toman las medidas al respecto, eliminando a los que quebrantan sus leyes. Y en cada vivienda, en cada habitación, escondite o pasillo, invisibles ojos magnéticos, controlados muy a distancia, captan cualquier insignificante idea rebelde a los invasores, actuando como poderosos agentes telepáticos.

»No hay escape posible a su dominio. El Gran Cerebro, su jefe supremo, el dictador de los «Zsaks», pudiéramos decir, cuyo dominio sobre sus iguales ignoro en qué consiste y cómo será ese ser superior. Nadie ha visto jamás a ese Gran Cerebro, auténtico coordinador de las acciones de esos terribles invasores.

—¿Cuál es realmente su tamaño?

—Más bien pequeños, no mayores que la mitad o un tercio de la altura de usted o la nuestra, todo lo más —evidentemente era cierto que los marcianos, contra la generalizada teoría de muchos papanatas terrestres, era superior a la nuestra en varias pulgadas—. Pero no es cuestión de fuerza física o de volumen material, Ullman. Son verdaderas mentes superiores, fríos cerebros vivos, que suplen su condición parasitaria con un dominio tiránico e implacable de todo aquello que someten.

—He entendido lo que significan los «Zsaks» pero... hay algo que no entiendo. ¿Dónde están ahora? ¿Por qué aquí no existe ninguno de ellos? Esta ciudad, Makrod, es libre, ¿no? O, en otro caso, no estaríamos aquí, hablando de... de ellos.

El padre de Azyar se apresuró a explicar:

—Cierto. Makrod es la ciudad secreta de Marte, amigo mío. Makrod es el refugio postrero de todo marciano fugitivo, que ha podido eludir el mando de nuestros nuevos y todopoderosos «amos». Lo hemos edificado en pleno desierto, lejos de todo lugar habitado. Una auténtica campana de energía solidificada, nos aísla de todo posible registro telepático por parte de nuestros enemigos de otros mundos. Un muro electromagnético acusaría automáticamente la presencia de cualquier intruso. Y nuestros propios elementos de telepatía o registro mental, nos acusarían también la vecindad de alguien extraño a Marte. Como sucedió en su caso concreto, Ullman.

Maravillado, no solo por los sucesos fabulosos que estaban llegando a mi conocimiento a través de Lothai-Wazkyy, sino por su facilidad de palabra al explicar aquella alucinante historia en un idioma de un mundo extraño a él, utilizando medios de expresión perfectos, me pregunté cómo era posible que todo aquello me estuviera ocurriendo a mí. Desde el momento mismo de ver a Azyar había empezado a habituarme a todo lo prodigioso. Azyar... Esto me recordó algo. Algo que aún no sabía.

—Una cosa más: ¿podéis transformar la materia, tomar apariencia humana... o de cualquier otra cosa? Azyar me ha dicho que...

—Azyar le ha dicho la verdad, Ullman. Podemos hacerlo. Ella quiso presentarse ante usted tal y como usted tenía que concebir a una mujer. Yo... no lo he creído necesario. Pero imagino que la mujer es igual en todos los planetas del Universo. Para ello, captó la imagen de una mujer, tal y como usted la representaba en sus pensamientos, y adoptó esa forma física. Es posible que no sea perfecta, porque se atiene a una visión mental tan solo, y...

—¡Cielos! Si esa es la visión mental que yo tengo de una mujer, tengo un gusto exquisito. Azyar sería, en la Tierra, el ser más perfecto de la Creación, la Mujer, tal y como uno imagina que la creó Dios en el Paraíso. Modelada con mano maestra...

—Esto creará en ella un pequeño problema —dijo él, al parecer contrariado—. Azyar deseará seguir siendo igual, para no defraudarle luego con... con nuestra apariencia física. Y eso puede crear complicaciones de tipo mental, físico e incluso biológico en ella, ya que su organismo es marciano y el organismo no cambia en sus actos fundamentales, aunque realicemos una metamorfosis como la actual...

—Entiendo —pensé de nuevo en Azyar con verdadero interés. Me dije que sería lamentable que volviera a su estado original, abandonando aquella apariencia maravillosa—. Pero estoy seguro de que, a pesar de todo, me será igualmente agradable...

De repente sucedió algo anormal allí dentro. El suelo tembló. Primero leve y casi imperceptiblemente, para intensificarse después, como un terremoto o movimiento sísmico, haciendo ondular los muros igual que si fueran de materia blanda.

Lothai-Wazkyy se incorporó con una agilidad de movimientos que recordaba la elasticidad de la goma, exhalando un curioso sonido musical y excitado, de vibraciones intensas, que me recordó los ruidos del altavoz de a bordo.

—¿Qué sucede? —pregunté, alarmado, levantándome yo también, sin saber qué hacer en medio de aquel mundo que me era extraño por completo, aunque seguro de que algo anormal ocurría.

Entonces se evaporó toda luz, toda claridad y todo color. Se hizo la oscuridad, igual que puede hacerse en nuestro mundo. Al menos en eso. Marte y la Tierra se parecían.

Los temblores del suelo y los raros chasquidos de las paredes continuaban, sin embargo, en medio de las tinieblas, aunque menos intensamente. Volví a gritar:

—¡Lothai-Wazkyy! ¿Qué es lo que ocurre?

Y su respuesta, esta vez no se hizo esperar. Me llegó de las tinieblas, tras una nueva imprecación en marciano puro:

—¡Los «Zsaks», Ullman! ¡Son los «Zsaks», que empiezan su ataque a Makrod...! ¡Acaban de destruir nuestra central de energía y ahora tendrán paso

franco al interior, si no puede detenerles el muro de seguridad electrónica...!

Capítulo V

«ZSAKS»


E modo que ya estaban allí.

Más a punto no se puede llegar, a un planeta situado a cincuenta y seis millones de millas, en uno de sus mejores momentos de aproximación a la Tierra, y después de más de quinientos años, durante los cuales la Humanidad había ansiado semejante aventura. Después de todo eso, un pobre terrestre aturdido llega allí, pone el pie y ¡zas! capturado por los marcianos, supervivientes de un mundo esclavizado, testigo de mil prodigios, y a la postre, los invasores se deciden a descargar el golpe de gracia, estando yo allí. ¿Se puede exigir un oportunismo mayor?

—¡Salgamos de aquí, Ullman! —voceó Wazkyy, y sentí en mi brazo su contacto. Era una presión dura y afable a la vez. E imperiosa también. Le seguí en la oscuridad.

No sé por dónde salimos, pero me encontré corriendo detrás de aquella blanca y poderosa figura que se deslizaba a lo largo de un estrecho corredor de alto techo, todo él bañado en una claridad opalescente, como todas las de aquel curioso mundo, esta vez de tono verdoso, espectral.

Tampoco supe de dónde procedía, pero la figura, humana y bien humana todavía, de la hermosísima Azyar, apareció ante nosotros. Una expresión de terror crispaba sus facciones cobrizas, bajo la melena de plata, que ondeaba al correr ella.

—¡Los «Zsaks», padre! —gritó en inglés. Y me miró con profundo horror —. ¡Son ellos, Roy! ¡Estamos perdidos! ¡Pronto seremos un pueblo más, reducido al silencio y la esclavitud de otros pobres seres!

—Sí, lo sé —dije gravemente, mirándola con intensidad. Con aquella luz verde era aún más hermosa. Su traje de plata resaltaba todo lo que había que resaltar y me dije que Azyar no había olvidado detalle en su fantástica metamorfosis—. Creo que va a ser difícil defenderse, si son como habéis dicho... Yo no creo que pueda ayudaros en nada. ¿Qué armas existen en Marte?

—Todas son ineficaces —se apresuró a revelarme el padre de aquella

criatura adorable—. No hay arma capaz de destruir a esos malditos seres.

—¿Es posible? —y sentí que un escalofrío recorría mí cuerpo.

—Sí, Roy —interpuso ella, mirándome con aquellas inquietantes pupilas jaspeadas—. Son invulnerables a las armas marcianas, como lo serán a todas, sin duda alguna. Sus delgados tentáculos ejercen una acción magnética en derredor suyo, y desvían, por tanto, todo proyectil, energía o materia lanzada contra ellos. Por eso fue inútil la heroica resistencia de nuestro pueblo. Por eso Vegrahwi ha capitulado. Y por eso, hoy, estamos a punto de ser también miembros de una raza de esclavos, que comprende cientos de millones de seres, millones de pueblos y miles de grandes ciudades. Pronto, Marte no emitirá sonido alguno, será otro de los silenciosos mundos invadidos por esa plaga viviente de la Andrómeda...

—¿Cómo sabéis que proceden de esa galaxia? —dije, mientras corríamos los tres hacia un punto ignorado por mí.

—Nuestros astrónomos y sabios lo descubrieron, sin lugar a dudas. Vinieron en naves o aerolitos o lo que fuese, capaces de desplegar velocidades muy superiores a la de la luz. Eso hace suponer que habría razas inteligentes, y no parásitas, en algunos astros de Andrómeda, y los utilizaron para encontrar el medio de viajar por el Cosmos, ganando a la misma luz su carrera. Debieron emplear fotones en la energía propulsora.

—A mayor velocidad que la luz... —me estremecía—. Eso, según Einstein, es como saltar por encima del Espacio y del Tiempo mismo. Es como ser... inmortales, supremos, no sé...

Todo era tan fabuloso, de una magnitud física e incluso metafísica tan enorme, que me aturdía y horrorizaba. Si los «Zsaks», bien por sus medios o por los de otra raza subyugada, habían vencido a la misma luz en su velocidad, vencerían a todo y a todos. Todo lo investigado e intentado en nuestro mundo acerca de la propulsión a fotones, para igualar o, simplemente, acercarse a los 300.000 kilómetros por segundo que la luz recorre, había sido nulo.

Y he aquí que una raza llegada de una galaxia remotísima, situada a millón y medio de años-luz, la fabulosa Andrómeda de las espirales luminosas distantes, perdidas en los confines de los espacios conocidos por el Hombre a través de sus telescopios y aparatos radioastronómicos, se había hecho dueña de la Luz, del Tiempo, del Espacio, del Cosmos infinito en suma...

¿Cuántos mundos, aparte del ya vencido Marte, eran suyos por completo, reducidos al silencio eterno y abyecto de la esclavitud dictada por ellos? Horrorizaba pensar en ello. Acaso siglos, miles, millones de años, habían utilizado en dominarlo todo, avanzando siempre hacia otro sistema o galaxias. No les podía importar el Tiempo, si lo habían vencido. Ni nada de nada...

Todo esto lo medité rápidamente, mientras alcanzábamos una vastísima sala, de amplia bóveda ambarina, fosforescente y vidriosa, que a veces sacudíase, como si el suelo temblase, a punto de una hecatombe cósmica.

En aquella nave vi a los primeros seres de Marte, después de Azyar y su

padre. Docenas de seres iguales entre sí, al menos a mis ojos, altos, atléticos, esculturales y sin rostro ni forma concreta, aunque igualmente hermosos y agradables a la vista, por mucho que uno extrañase sus formas, trabajaban activamente en unos rarísimos controles, en aparatos de apariencia y materia sorprendente para un extraño como yo.

En cambio, no me era ya tan extraño lo que reflejaban un semicírculo de diversas pantallas cristalinas, convexas, semejantes a las receptoras de televisión o telefotos, mientras tres marcianos manipulaban con sus miembros sin dedos sobre curiosísimos cuadros de mando, en los que los colores apagados y luminiscentes de aquel mundo singular se repetían igual que en las luces y materias utilizadas en la construcción.

Eran vistas animadas de diversos lugares situados fuera de aquel pabellón ingente. En resumen, televisión pura, si bien la nitidez y color de la imagen eran perfectas, así como la sincronización de diversos escenarios, todos ellos igualmente horribles e idénticos en su escalofriante significado.

—¡Mira, Roy! —gritó, desencajada, Azyar, apretándome el brazo con sus dedos crispados.

Pero no hacía falta su advertencia, pues yo estaba viendo ya, por primera vez, a los «Zsaks». Y sentí deseos de vomitar.

Mientras Lothai-Wazkyy hablaba excitadamente, en su lengua nativa, con los demás seres blancos, miré fascinado a los invasores de Marte. Allí estaban ellos... Sus horribles cabezas o, mejor dicho, cerebros enormes, deformados por un desarrollo monstruoso, que les hacía parecer atroces pulpos de cabeza redonda, ensanchada en su masa encefálica, una viscosa y horripilante masa amarillenta, igual al seso de cualquier ser humano, pero infinitamente grande, colosal, temblorosa y latente bajo una fina membrana rugosa y transparente, que formaba arrugas sobre el único ojo, grande, estrecho y maligno, de un raro color acuoso, centelleante detrás de un repugnante párpado pulposo. Y debajo de todo ese horror vivo, una decena de tentáculos delgados, translúcidos, que le asemejaban más a una medusa que a un pulpo, posándose con increíble fuerza en el suelo marciano.

Así eran los «Zsaks».

Y en derredor suyo, todo muerte, aniquilamiento implacable y brutal. Vi cuerpos inertes en tierra, cuerpos evidentemente sin vida, aniquilados sabe Dios por qué siniestro medio, que las pantallas televisoras no revelaban, porque la destrucción estaba ya hecha. En algunas de las pantallas instaladas en semicírculo se veían cuadros de control destrozados, reducidos a pulpa informe. Lothai-Wazkyy, al verlo, gimió en forma dolorosa.

Azyar me explicó, tensa, en un susurro de voz musical y dulcísima, impregnada de miedo:

—Eran los controles de la campana de energía defensora de Makrod... Creo que han cruzado ya todas las defensas exteriores. Esos lugares que ve ahí, Roy, son los puestos avanzados de nuestro cinturón defensivo. Los soldados de Marte, emplazados allí, han muerto ya. La rara energía

destructiva de los «Zsaks», que no precisan de arma alguna para matar, ha terminado con todos. Ahora... ahora nos toca a nosotros, Roy, si las barreras magnéticas no pueden frenarles. Y yo no creo que eso sea posible ya.

—¿Perdida toda esperanza? —murmuré, ceñudo, sin quitar mis ojos de aquellos cuadros de un Apocalipsis marciano, no menos terrible que el bíblico anuncio.

—Toda, Roy... —y me miró del modo que hubiera utilizado una mujer de la Tierra.

Creo que en ese momento hubiera olvidado toda la inmensidad que nos separaba, el hecho de que ella fuese una marciana y yo un terrestre, para besar sus pulposos labios rojos, de no ocurrir algo que apartó mi atención de aquella escultura plateada.

—¡Ya vienen hacia acá, Ullman! —gritó Lothai-Wazkyy.

Era verdad. Venían, a no dudar.

No es que yo conociera nada en absoluto del exterior de aquel lugar enigmático, pero pude ver, reflejada en una pantalla, una mole rosada al fondo, con cúpula oval, demasiado parecida a la que ahora cubría nuestras cabezas, para ser otra diferente. Y hacia ese punto se estaban ahora orientando las legiones de «cerebros» vivientes, moviéndose con espantosa lentitud sobre sus vibrátiles membranas, aquellas ciclópeas medusas de monstruoso encéfalo visible.

—Detrás de este pabellón, Ullman, está la ciudad de Makrod. Somos el reducto final para impedir el ataque... Cuando hayamos sido vencidos, la ciudad será de ellos.

Aquellas palabras de Lothai eran como un réquiem a sus vidas. ¿Sus vidas? Y también la mía... Un horror intenso, angustioso, me invadió ahora. No por egoísmo. Aquellos marcianos eran criaturas vivas, sensibles, bondadosas e inteligentes, tan dignas de vivir y de ser libres como yo mismo. Pero es que no pensaba ya en mí como ser individual, sino como miembro de una comunidad: la Tierra. Yo era terrestre. El primer terrestre que iba a ser sometido por los «Zsaks»... Ellos eran demasiado inteligentes para no comprender, para no SABER en el acto que aquel nuevo esclavo era DISTINTO A LOS DEMÁS. Y buscarían otros más, vencida ya la resistencia, en Marte... OTROS ESCLAVOS IGUALES A MÍ... ¿DÓNDE?

La respuesta era, tan simple, tan clara, que erizó mis cabellos: LA TIERRA.

¡La Tierra en peligro! Lothai lo había dicho al hablarme de ellos por vez primera: «Reducen a todos los seres inteligentes, galaxia por galaxia, Sistema por Sistema, planeta por planeta... Y cuando el silencio eterno llegue para todos, quiero que alguien sepa, en el Cosmos, el peligro que acecha en la noche de los espacios...»

Yo era el ÚNICO que podía avisar a la Tierra, a mi mundo, aún no hollado por los «Zsaks». Y yo, precisamente YO, iba a ser pronto reducido a ese mismo silencio.

Algo se rebeló en mí contra todo aquel apocalipsis de un mundo que no era el mío. Yo no debía ligar mi destino a un pueblo, a un planeta derrotado. Tenía que huir, eludir el peligro, avisar a los hombres de la Tierra, me creyeran o no...

Sobresaltado, noté la mirada verde de Azyar, fija en mí. Un fulgor extraño brillaba allá, en el fondo de sus pupilas maravillosas, haciéndome olvidar que era marciana.

—Sí, Roy, tienes razón —dijo suavemente. Y recordé que podía leer en mi mente, con suma facilidad. Acaso Lothai mismo lo hubiera hecho, de no estar tan excitado y sumido en su desesperada tarea de mando. Una tarea en la que él mismo no creía ya. Ella continuaba—: Sé lo que estás pensando, y es natural que sientas así... Tienes el deber de advertir a los que aún pueden salvarse. Estás, tal vez, a tiempo de huir. Tu cerebro es diferente al nuestro, hasta el punto de que los «Zsaks» no han debido localizar aún tú presencia en Marte. Su poder de captación mental tiene... ¿cómo te lo explicaría...? una determinada frecuencia de onda, para usar un término claro. Está sintonizado su energía de absorción para NUESTROS CEREBROS, no para el TUYO. Escapa, Roy. Puedes intentar la fuga. Yo te trasladaré de nuevo a tu nave. ¿Posees medios de regresar a tu planeta?

—Espero que la energía nuclear de mi nave sirva aún de algo —dije, sombrío.

—Entonces vamos... —me sonrió con una dulzura maravillosa—. Vamos, Roy. Aún es tiempo. Sacrificándote con nosotros, nada resolverás. Y mientras alguien, un solo ser viviente, conozca la verdad y pueda advertir a otros... existirá una esperanza de sobrevivir a esa plaga estelar...

Creo que fue esto lo que me convenció. Claro que Azyar no conocía a mis congéneres, e ignoraba, a pesar de su metamorfosis en mujer terrena, la dosis de escepticismo e incredulidad que nutre al mundo. Me pregunté, desesperado, si alguien me creería en la Tierra. No iba a ser una historia fácil de relatar. Y muchísimo menos de creer.

Azyar me condujo junto a su padre. No le habló siquiera. Aquel rostro como de mármol, sin forma ni facciones, se volvió a mí. Era igual que si unos ojos me mirasen. Sentí su taladro mental hasta lo más recóndito de mí cerebro.

—Sí, Ullman, váyase —dijo, sin añadir más. Su brazo sin mano me palmeó suavemente en un brazo—. Y que Inni le proteja y pueda llegar a tiempo...

—Gracias, Lothai —dije, con un, dogal de emoción en la garganta—. Lo intentaré. Y si logro algo, volveremos aquí. No yo solo, sino muchos, millones de terrestres. Esos «Zsaks» correrán como gamos y tendré el placer de aplastarlos con mi propio pie...

—En Marte no nos gusta mentir —dijo él con sencillez—. Gracias, de todos modos, capitán Ullman. Azyar, condúcele a la sala de control del envío a distancia. Sé rápida y eficiente. Luego, si puedes, vuelve aquí antes de, que

los «Zsaks» nos corten los contactos. Me gustaría hallar la muerte a tu lado, hija mía. Además, has de recuperar tu forma primitiva, antes de que lleguen hasta aquí y no podamos utilizar la cámara de transformación de la materia.

—Sí, padre —no añadió más.

Me tomó de nuevo por un brazo y yo dirigí una última mirada a Lothai, a su noble figura blanca y opalescente, que había llegado a estimar como algo entrañable, apenas en unos minutos. Azyar me sacó de la gran nave abovedada, para lanzarnos por un serpentín interior de veloz deslizamiento a través de un hondo túnel de luz irisada, que iba del ámbar vivó al luminoso gris plata.

Aquella fuga no me avergonzó. Me dolía dejar a todos los desdichados seres libres de Marte condenados a morir o sufrir la esclavitud silenciosa de sus invasores. Pero no podía hacer otra cosa. No era huir al peligro... No era temer la destrucción, sino luchar por mi propio mundo, abandonar otro que ya no tenía remedio, por uno que, aún estaba a tiempo de ser salvado, a casi sesenta millones de millas de allí. ¿Qué representaba ese espacio para una raza cósmica que había ganado la batalla de la velocidad a la luz?

Al dejar el serpentín vertiginoso que se hundía en la tierra, corrimos alocadamente por un nuevo corredor. Allí, la luz vacilaba, temblaba visiblemente, estremeciéndose con intermitencias alarmantes. Azyar, hermosa, aunque con aquel vivo gesto de terror en su prodigioso rostro, me miró, deteniéndose un momento con aprensión.

—Roy, quiera Inni que no lleguemos tarde. La energía se debilita, incluso aquellas que proceden de las reservas del Pabellón Central. Cuando se apaguen estas luces, significará que no puedes volver a tu nave, ni yo recuperar mi forma primitiva, la verdadera.

—¿Y entonces... qué ocurriría, Azyar? —la pregunté, sin moverme aún.

—Que por siempre jamás sería como soy ahora, Roy. Una mujer de Marte, con cerebro de marciana y forma humana, terrestre.

—¿Sería eso tan malo? —dije, sin saber lo que decía.

—Por favor, Roy no bromees —se angustió, tratando de correr más—. El tiempo apremia. ¿Para qué serviría yo a mi pueblo, qué clase de ser podría considerárseme entonces?

—Para entonces, Azyar, tu pueblo, tus familiares, amigos y semejantes, no existirán ya. Vamos juntos a la Tierra...

—¡Imposible! ¿Estás loco? No puedo abandonar mi mundo. Y menos con una forma que no me pertenece. Fui hecha de un modo y pertenezco a una raza de la que no debo renegar. Mi puesto está aquí. ¡Deprisa, Roy, deprisa!

Tiró de mí, sin querer oírme. Yo, pensativo, sumido en mis cavilaciones, la seguí. Sabía que aquello era lo peor de todo: dejar a Azyar, saber que ya nunca más la vería. Y si me salvaba, si volvía a la Tierra, ¿qué clase de vida me esperaba allí? Mirar por las noches al cielo, al distante brillo mortecino y rojizo de Marte, sabiendo que en aquel astro remoto, del que ya jamás volvería a saber cosa alguna, había quedado Azyar, la muchacha más hermosa

del Universo. Era estúpido pensarlo, pero se me ocurrió de pronto que aun en su forma primitiva, escultural y blanca, sin forma humana, seguiría gustándome, seguiría siéndolo todo en mi mente, dondequiera que me encontrase.

¿Era amor aquello? ¿Me había enamorado de una mujer de otro mundo? No era posible. Nos separaba el Espacio, nos separaban tantas cosas... Y pronto, todo eso estaría entre ella y yo para no volver jamás a ser cruzado por ninguno de los dos en un imposible salto.

Mientras todas esas alocadas ideas cruzaban por mi mente con la rapidez de meteoros incandescentes, Azyar seguía tirando de mí, corriendo desesperadamente. Y los muros opalescentes temblaban, vacilaban sus luces, cada vez más intensa y continuamente.

—¡Vivo, vivo! —apremiaba ella—. ¡No vamos a tener tiempo, no vamos a tener tiempo...!

Al menos, lo tuvimos para llegar a una complicada sala, llena de raros aparatos y mesas similares a aquella en que yo aparecí tendido, sujeto por bandas de invisible energía que me impedían todo movimiento.

Delante de una de las mesas vidriosas, un enorme proyector y un cono de luz azul señalaban el lugar del que, sin duda, sería proyectado a distancia, desintegrada mi materia, para volver a agruparse por aquel fabuloso medio científico en un lugar lejano: el “Martian”, mi querida nave del espacio.

—¡Tiéndete ahí! —dijo, muy pálida, mirando en derredor con miedo invencible—. ¡Deprisa, Roy, hazlo por mí! Tengo que ir a otro sitio, a la cámara de transformación de la materia, para recuperar mi forma original. ¡Oh, Dios! ¿Por qué tuve que elegir esta forma al captar tus pensamientos?

—Coquetería femenina —sonreí, aun en medio de aquellas angustiosas circunstancias.

—No sé, Roy, nunca sabré por qué hice aquello. Fue al descubrir en tu mente que... A propósito, ¿quién es Peggy?

—¿Peggy? —la miré, asombrado. Era el último nombre que hubiera esperado oír en sus labios, precisamente cuando íbamos a separarnos por toda una eternidad—. Pero, Azyar...

—Pensabas en ella durante tu sopor. Es una mujer, la vi... Rubia, muy bella... Pero yo quise ser más bella aún que esa imagen de las mujeres de tu mundo. ¿Lo logré, Roy?

—Mi querida Azyar —la miré, descubriendo una nueva, una diferente mujer, marciana o lo que fuese—, ni siquiera mereces ser de Marte. Eres celosa, envidiosilla del atractivo ajeno... y dices cosas que te hacen una mujer adorable.

—Roy, cuando vuelvas con esa chica, Peggy, en tu mundo, ¿te acordarás alguna vez de mí?

Había lágrimas en sus ojos. Ahora no parecía recordar que la luz oscilaba endemoniadamente. Ni yo tampoco. La tomé entre mis brazos, como lo hubiera hecho con una mujer de mi mundo. Su cuerpo vibró bajo mi abrazo.

Alzó la cabeza, rocé sus labios y ese fue el beso más dulce que jamás había dado a nadie.

Después, al sentir que volvía a su premura y olvidaba toda la ternura sentimental y humanísima de ese momento inefable, hice lo único que me dictó mi impulso. No supe si hacía bien o mal. Pero ahora sabía que ya no iba a poder volver a mi mundo sin ella...

Cerré el puño, lo moví de abajo arriba con la virulencia de un mazo, y sentí el golpe seco de su mandíbula contra mis nudillos. Al menos en esto, fue también humana. Gimió entre dientes algo ininteligible, me miró con dolorido asombro y luego se desvaneció entre mis brazos.

La alce fácilmente, como si fuera una pluma, y miré en derredor, pensativo. Ahora tenía que salir de allí. Al diablo el proyector de materia, cuyo uso ignoraba. Habría que usar medios primitivos, completamente físicos y terrestres para abandonar Makrod, la ciudad secreta de los marcianos libres, que pronto perecería bajo el dominio de aquellas odiosas criaturas de Andrómeda.

En aquel momento, solo me remordió la conciencia porque Lothai esperaría en vano a su hija, allá en el Pabellón de la cúpula rosada. Nunca más se reunirían, si él moría luchando en defensa de su heroico pueblo. Pero de nada le iba a servir tampoco la presencia de Azyar para morir a su lado.

Entonces se apagaron todas las luces alrededor mío y tuve la clara conciencia de que el desastre se había consumado. Los “Zsaks” dominaban todo Marte ya.

Y en mis brazos, estaba, tal vez, la única marciana viva y libre del planeta: la hermosísima Azyar.

## Capítulo VI

## NOCHE DE MARTE



RA urgente salir de allí. No sabía por dónde, ni cómo, ni las esperanzas que pudiera haber de eludir a los “zsaks». Recordaba que Azyar había hablado sobre una teórica frecuencia de ondas telepáticas en la que mi cerebro, por lo visto, no entraba, tal vez esa posibilidad pudiera explotarse en un sentido práctico, aunque lo ponía en tela de juicio.

La densidad de las negruras circundantes era tan absoluta, que me impedía ver nada de luz, buscando una abertura, bien fuese puerta, ventana o la boca misma del infierno si hacía falta. Todo antes que seguir allí, en la oscuridad, esperando la llegada de los repugnantes seres de Andrómeda.

No sé el tiempo que estuve dando vueltas, tropezando con unos raros muros blandos, pero elásticos y resistentes como si fueran goma o un plástico blindado. Al parecer, la destrucción o paralización de las centrales de energía había provocado aquel curioso reblandecimiento en los muros. Pero ello no resolvía nada.

Perplejo, me detuve nuevamente. Empezaba a notar el peso de Azyar entre mis brazos y no había encontrado aún salida alguna en aquel laberinto. Me sentía angustiado, como prisionero en una inmensa ratonera de la que ya jamás saldría.

Y, de repente, apareció aquella luz.

Era un foco lechoso, fosforescente, como si la claridad proyectada tuviera en sí misma otra humanidad que la hiciera doblemente incandescente. Parecerá una tontería descrito así, pero era la realidad de lo que vi, tal como mis ojos lo captaron.

Procedía de un punto completamente imprevisto, casi a mis espaldas. Me volví en redondo, nada más ver en el suelo mi sombra proyectada por aquella extraña luminiscencia. Parpadeé, deslumbrado, y algo, un curioso siseo, como si algo se deslizase por el suelo, produciendo el roce sibilante y viscoso de una serpiente, se acercó a mí, en suave crescendo.

Creo que hasta el vello de mis brazos se erizó bajo la tensión violenta de una súbita aprensión, que era casi terror. Porque de un modo intuitivo, algo

dentro de mi mente me dijo que allí estaba uno de ellos. Un «Zsak», en carne y hueso o lo que demonios fuera.

La luz brotaba de uno de aquellos nauseabundos seres membranosos. Pude vislumbrarle borrosamente, detrás de la luz que despedía. Su deforme cerebro gigante, de achatado extremo y dilatados parietales, sus translúcidas membranas en forma de tentáculos sutilísimos, posados como por arte de magia sobre el suelo que su haz de rara luz barría de un lado a otro... allí adonde miraba. ¡ERA SU OJO EL QUE DESPEDÍA ESA LUMINISCENCIA!

Se movía sobre el suelo, con un electrizante siseo. Los tentáculos iban moviéndose, lenta pero seguramente, hacia mí. Algo me golpeó el interior del cerebro. No era nada físico, sino una impresión similar a una brusca sacudida eléctrica de muchos voltios. Me sentí aturdido, porque aquella oleada magnética, telepática o lo que fuera, logró de momento paralizar el curso de mis ideas. Me vaciló Azyar entre los brazos, bruscamente debilitados.

El «zsak» continuaba moviéndose, con su ojo fosforescente fijo en mí, bañándome en su luz pegajosa. No sentí miedo. No es que pretenda alardear de héroe o de superhombre. En realidad, creo que me noté extraordinariamente pequeño e indefenso ante él. Pero no temí, porque iba a luchar. Por Dios que iba a luchar, con todas mis microscópicas fuerzas contra aquella «cosa» maldita de lejanos mundos silentes.

Por Azyar, por mí mismo y por los demás seres de la Tierra, a quienes yo había abandonado egoístamente a su trágica ignorancia, solo por seguir junto a una mujer de Marte, de quien me había enamorado. Por eso y por todo lo que uno siente dentro de sí al ver en peligro a los que ama, me encaré con el «zsak», no eludí su posible fuerza superior.

Deposité a Azyar detrás de mí, sobre la mesa sumida en la penumbra. Luego, me revolví contra el «zsak». Recordé las palabras de Lothai: eran invulnerables a sus armas. Veríamos si lo eran también a las mías.

Busqué con frenesí mi pistola de proyectiles termonucleares. La encontré con dedos temblorosos, la empuñé furiosamente y apreté el gatillo, centrando el cañón en aquel monstruo repulsivo.

Lothai tenía razón. Las cápsulas termonucleares pasaron sobre él con absoluta impotencia, rechazadas al parecer por «algo» que circundaba al «zsak» a modo de campana. Podía ser magnetismo concentrado, que protegía su figura, en una especie de fortaleza invisible.

Rabioso enfundé de nuevo el arma en mi cintura. No me serviría de nada vaciar la carga, para ver botar los proyectiles sobre aquella funda protectora del «zsak», sin tocarle.

Me moví hacia él, que pareció asombrado por mi audacia. Al menos, mostró su sorpresa ante mi acción no moviendo un solo tentáculo ni haciendo girar el ojo luminoso bajo su asqueroso párpado.

Y salté sobre él, dispuesto a morir si era preciso. Todo, antes de que convirtiera a Azyar en una esclava más, cuando yo no pudiera ya defenderla...

No sé si fui un loco o un iluminado. Evidentemente, sus protecciones magnéticas no habían sido hechas para resistir los embates terrestres. Al menos mi cuerpo no tropezó con magnetismo alguno, ni encontró obstáculo, visible o no, entre él y yo. Choqué con una masa viscosa y fría, que temblaba, con unos latidos intensos, procedentes todos de su colosal cerebro.

La propia luz de su ojo único, en las tinieblas, me mostró su repugnante masa encefálica, surcada de azules venillas y de delgados nervios, bajo la rara piel membranosa y transparente que formaba su cabeza.

Movió ahora los tentáculos, frágiles y blanduzcos, en busca mía. Pude aferrar uno de ellos con mis manos, y aunque sentí un hormigueo, como el que producen los calambres eléctricos, no lo solté, estrujándolo con fuerza. Se quebró como si fuera frágil vidrio, y una pulpa blancuzca, como leche de coco, brotó de la mutilación.

El ojo parpadeó, sin duda dolorido por el ataque. Comprobé que, físicamente, no eran nada. Su cerebro parecía concentrarse en una sola tarea, mientras yo forcejaba hasta destrozar otro de sus tentáculos: buscaba mi propia «frecuencia de onda» mental. Sin duda exploraba la forma de llegar a captar mis pensamientos, para detenerlos y adaptarlos a los suyos, haciendo de mí un nuevo autómata a su mando. Sin duda, los terrestres teníamos mucha mayor fuerza que los marcianos, tanto física como magnética, y esa era la razón de mi momentánea victoria sobre él. Nada de cerebro, ciencia ni demás zarandajas. A trompazo limpio con aquellas ratas interplanetarias, con aquellas inmundas alimañas galácticas, y esa era, posiblemente, la mejor, la única arma de todo el Universo.

Me sentí poseído he una helada furia irreflexiva.

Le rompí dos tentáculos más y la pulpa blancuzca formó un charco sobre el suelo. Entonces comprendí que, sobre sus ocho patas restantes, pretendía huir a toda prisa de mí. En eso demostraba conciencia de su derrota y me envalentoné. Ellos no tenían piedad, Lothai lo había dicho. Y yo pude comprobarlo a través de las pantallas televisoras, viendo el rastro de destrucción y ruina que dejaban tras de sí.

Me aferré a él con más fuerza y subí mis manos hasta su ojo. Parpadeó esta vez frenéticamente, pero logré hundirle un puño, violento como un cartucho de dinamita, dentro de la blanda y repugnante órbita. El globo ocular dejó de producir luz. Se apagó, al sentir bajo mis nudillos el reventón de algo vidrioso y lleno de un humor cálido.

Creo que me volví loco por completo, ante la embriaguez de la victoria, mientras el invasor de Marte, evidentemente herido de muerte por mi ataque, se empezó a derrumbar, doblándose y arrugándose sus tentáculos. Lo sentía aun sin verlo. Entonces empecé a descargar golpes en su blando cerebro, a rasgar la membrana que lo cubría...

Bueno, no se puede ni se debe describir lo que sentí, repugnancia, náuseas, todo lo peor del mundo, al desparramarse aquel enorme seso vivo. Pero supe que lo había aniquilado. EL PRIMER «ZSAK» MUERTO...! y a mis manos,

las de un pobre terrestre inferior, sobre la superficie de un planeta en el que la civilización de unos seres mentalmente superiores contaba con cientos de siglos más que nosotros!

Jadeante, me aparté del monstruo destruido. Ya no me importaba haber vuelto a la oscuridad, apagando su pupila siniestra que podía producir luz en la sombra. Era mejor la noche, capaz de ocultar al enemigo débil pero destructor, cuando el adversario es más potente y numeroso. Era una lucha absurda y sin posible fin. Era enfrentarse a millones de monstruos igual que aquel, con el tiempo en contra, además. Ellos solo necesitaban tiempo, al descubrir su cadáver repugnante, para buscar en la escala mental la «frecuencia» de una mente humana. Cuando la descubriesen, sabrían que existía un terrestre en Marte, un extraño en su mundo dominado, un extraño que no se dejaba dominar... En ese momento estaría perdido, porque los «zsaks» eliminaban a todo rebelde, Lothai lo había dicho...

Volví junto a Azyar, que gemía entre dientes, recuperándose sin duda del tremendo golpe recibido. La tomé de nuevo en brazos, y sin perder tiempo en hablar o en intentar adelantar su recuperación, corrí con ella hacia el punto de donde procedía el «zsak». Si él había entrado allí, era seguro que nosotros podíamos salir...

Me pareció imposible, pero lo cierto es que salimos.

Encontré una angosta abertura, la que el «zsak» había utilizado, derritiendo por medios que solo él conocía, la pared reblandecida, carente de energía luminosa y fortalecedora. Me introduje por ella con Azyar, recorrí un largo pasillo, siempre tanteando antes de dar un paso para no encontrarme con alguna sima o abertura por la que terminara bruscamente nuestra aventura. Empezaba a moverme en la oscuridad como un ciego, habituado a ella y aguzando mi oído y mis instintos más sutiles.

—¿Qué... es esto...? —oí musitar a flor de labio a Azyar—. ¿Adónde vamos...? ¿Qué ha ocurrido...?

No respondí. Seguí caminando sin soltarla, mis pies tantearon, dando con una rampa en declive y, de pronto, me agaché, ante el borde de una salida oval. Fuera de allí, a través del óvalo, haces de luz fosforescente recorrían las calles desiertas y silenciosas de Makrod, la ciudad vencida y tenebrosa.

—Roy... ¿eres tú...? —susurró ella de nuevo.

—Por el amor de Dios, Azyar, cállate ahora. El silencio ha llegado a Makrod. Si ellos captan nuestras voces, estamos perdidos sin remisión.

Azyar era maravillosa en muchos sentidos. Enmudeció sin añadir nada más, cuando otra mujer cualquiera hubiese prorrumpido en interrogatorios o gritos.

Agazapado tras la abertura, alcé de nuevo la cabeza escrutando el desolador y terrible panorama externo. Las sombras de los «zsaks» se movían fantasmales por entre los verticales edificios color metal, barriendo con su luz extraña todos los posibles rincones sin explorar. Vi cientos, miles de cuerpos blancos, hermosos y sin vida, por todas las vías de Makrod. Marcianos

destruidos, nuevos millares de víctimas del voraz invasor galáctico.

Las grandes cúpulas de materia magnética que cubrieran Makrod cuando yo llegué aparecían desgarradas, rotas por mil sitios, mostrando encima de la ciudad muerta grandes retazos de cielo estrellado, intensamente negro. El azul nocturno de la Tierra no existía en Marte, donde sin duda la sutileza misma de su tenue atmósfera mostraba mejor la negrura infinita de los espacios.

Por primera vez veía la noche de Marte. Una noche negra, salpicada de astros luminosos, de mundos cercanos o remotos, de luz más intensa que la visible en nuestro mundo. Y allá, Phobos, de un tamaño aproximado a un tercio de Luna terrestre, mostraba su pálida forma cárdena, como mundo testigo de tanto horror.

La noche de Marte... Sí, era la noche. La más larga y terrible noche de los Tiempos...

El silencio agobiaba, aturdía. Era como una losa de plomo que le hacía desear a uno levantarse, sacudírsela con fiereza y empezar a gritar, a gritar desesperadamente, aunque todos los «zsaks» del Cosmos cayeran sobre uno.

Contuve mis nervios. Escruté cada rincón visible de la ciudad vencida. La raza de sordomudos de la Andrómeda continuaba su batida implacable. Algunos de ellos se acercaban al lugar en que nos hallábamos, registrando los rincones con la luz de su monstruoso ojo.

Bajé velozmente la cabeza, me pegué a Azyar, que yacía junto a mí, y retuvimos incluso la respiración, cuando percibimos muy próximo, el siseo tenue de sus movimientos.

Un temor horrible me asaltó: ¿sería el cerebro marciano de Azyar la causa de que dieran con nosotros? Sólo su aspecto físico había cambiado, pero no su mente, ella lo dijo. Siguieron momentos de espantosa angustia, materialmente adheridos el uno al otro, esperando a cada instante que la luz fosforescente cayera sobre nosotros, marcando el final de la aventura. Apreté mis puños, en forma mecánica, esperando tener que utilizarlos para morir matando.

No hizo falta. De forma milagrosa los dos «zsaks» se alejaron de allí, evidentemente sin captar nuestra presencia, sin registrar sus sensibles controles telepáticos la existencia de dos seres vivos: un terrestre y una marciana. En mi tenía cierta explicación, pero, ¿y en ella?

Azyar debía sentirse tan perpleja como yo, porque dos veces estuvo a punto de desbaratarlo todo, abriendo los labios. Yo se lo impedí, aferrando con fuerza su hombro. Entendió, manteniéndose muda, aunque Dios sabe bien lo penoso que resultaba seguir así.

No puedo recordar el tiempo que permanecimos allí. El transcurso de los minutos, incluso de las horas marcianas, había empezado a tener una importancia muy secundaria para mí y para el propio mundo rojo. Con la raza de invasores terminaba todo significado de Tiempo, Espacio y muchas cosas más. Pasaba a ser un mundo muerto, un puro instrumento en poder de los grandes parásitos del Universo. Y nosotros, dos náufragos, en la noche infinita del desastre, en el horror vivo que nos atenazaba y cercaba por doquier.

Aquellas formas odiosas y astutas seguían su patrulleo por la ciudad reducida al silencio. No se oían órdenes, voces o disparos, como puede esperarse después de cualquier batalla en la ciudad ocupada. Aquello me recordó que no nos enfrentábamos con un adversario humano y normal, sino con cerebros mudos y sordos a todo lo que no fueran ondas mentales.

Después, paulatinamente, la ciudad de Makrod fue cobrando una fisonomía distinta, aún más desolada y trágica. Desaparecieron los «zsaks» en las viviendas y edificaciones que hasta entonces fueron el último y secreto reducto contra su ofensiva. Las calles se fueron quedando desiertas por completo, carentes de todo rastro de vida. De vez en cuando, el reflejo fosforescente de algún proyector «visual» de los «zsaks» llegaba a través de una abertura o mirador como el destello de un espejo sometido a los rayos solares. Pero nada más. Eso, y blancos cadáveres flácidos, tendidos en las vías grises de Makrod. Era todo lo que se podía ver.

Presioné mis dedos en el brazo de Azyar. El leve fulgor lejano de los astros, en el cielo de Marte, reflejó su rostro color de yodo, su cabello de plata purísima y centelleante, el titilar profundo de sus dos ojos, lagos verdes y hermosos bajo las pestañas sedosas.

—«Vamos a salir de aquí, Azyar» —dije con mi pensamiento, sin usar palabras, concentrando mis ideas en esa expresión, para que su mente telepática captara mi intento—. ¡No hables ni produzcas ruido alguno, por amor de Dios! ¿Me has entendido? Tenemos que alejarnos lo más posible de Makrod. Adónde vayamos, no lo sé aún. Sólo sé que tiene que haber alguna parte en este planeta adonde los «zsaks» aún no hayan llegado. Y si ese sitio es el «Martian», podremos llegar juntos a la Tierra...»

Esperé, con la mirada fija en sus ojos. Sorprendido, me di cuenta de que no entendía nada de nada. Su expresión de estupor y de completo aturdimiento así parecía indicarlo. Me mordí los labios. ¿Qué sucedía? Algo marchaba mal allí. Primero, los «zsaks» no habían captado su cerebro marciano, próximo, a ellos. Ahora, no entendía mis pensamientos, cuando era evidente que siempre había podido leerlos sin dificultad.

Repetí una y otra vez las palabras en mi mente, concentrando en ellas todas mis ideas. Al fin, un destello luminoso de comprensión pareció brillar en sus ojos y asintió con leve gesto. Pero no era la mujer dueña de poderosas facultades mentales que yo conociera. Dijérase que iba pareciéndose cada vez más a uno cualquiera de nosotros, los terrestres.

Ella me apretó la mano, con firmeza alentadora, y salimos de nuestro refugio, corriendo cuanto era posible, pero sin producir ruido alguno con nuestro calzado sobre la tierra roja de Marte.

Cruzamos la primera calle, cuidando de no pisar a los cadáveres marcianos. Al doblar una esquina de edificios grises y elevados, tuve que aferrar con violencia a Azyar y hundirme con ella en la sombra de un hueco, para que el foco luminiscente del ojo único de un «zsak» no nos descubriera. Contuvimos incluso la respiración, mientras la sombra grotesca del alucinante

ser cruzaba ante nosotros, registrando la calle con su luz, hasta desaparecer tras de otra esquina inmediata.

Salimos nuevamente, lanzándonos calle arriba a la carrera. Cruzamos una confluencia con una amplísima calle, en la que se habían plantado bellos jardines de colorido increíble, entre el gris y azul de los edificios. Había vehículos extraños, en forma de orugas y de óvalos, detenidos o volcados aquí y allá, algunos con su ocupante marciano a medio salir, tendido sin vida en la portezuela.

Azyar miraba con angustioso dolor todo aquel horrible cuadro de desolación que estábamos cruzando.

De pronto, me detuve en seco. El roce de pasos de Azyar se detuvo cosa de medio segundo después. Ambos nos mantuvimos firmes, erguidos en mitad de la calle muerta, oyendo aquel arrastrar de pies o miembros similares, por el suelo de Makrod, que se acercaba a nosotros con el ritmo de una parada militar.

Un intenso reverbero de luces brillantes llegó de la inmediata esquina. Miré en derredor mío buscando un refugio para eludir a la formación de «zsaks» que, sin duda en gran número, iba a aparecer por allí; de un momento a otro, revelando nuestra presencia. Ello significaba la muerte. Se puede matar a un «zsak», a dos o tres, pero no a toda una patrulla.

Rápido, tomé una decisión. Corrí, tirando de Azyar, hasta uno de los automóviles detenidos en la desierta calle. Arranqué de un tirón el cadáver del marciano que lo ocupaba, y metí dentro a Azyar, apresurándome yo mismo a incrustarme en la cabina del vehículo, cubriendo, a la muchacha y agazapándome yo mismo para no ser visto desde el exterior. Mantuvimos una inmovilidad absoluta, mientras yo, con el rabillo del ojo y por encima de mi brazo, apoyado en el raro volante de forma romboidal, escrutaba la calle.

Aparecieron primero unos diez o doce «zsaks» formados en fondo de a tres. Luego... una alucinante formación de autómatas, de marionetas sin voluntad, cuyos cuerpos parecían arrastrarse simplemente por la acción autoritaria de unos cerebros que no eran los suyos.

Eran marcianos. Blancos, hermosos y arrogantes unas horas atrás. Ahora, seguían siendo como bellas estatuas inconclusas... pero arrastraban sus elásticos miembros, sin animación ni impulso propio, tenían inclinadas las cabezas sin facciones, eran masas de esclavos. Un grupo de casi quinientos seres, meros autómatas o «robots» en poder de una cantidad de «zsaks» por lo menos diez veces inferior, ya que solo unos treinta o cuarenta invasores cerraban la marcha, bañando de luz lívida la calle.

La luz inundó tan por completo el vehículo detenido, que tuvo por fuerza que mostrar nuestras siluetas inmóviles, acurrucadas en el interior del automotor. Apreté los dientes, hasta que pareció que mandíbulas y sienes iban a estallarme, pero no me moví e impedí que lo hiciera la horrorizada Azyar.

La impresionante cabalgata de esclavos y tiranos pasó frente a nosotros, dobló la calle inmediata, se perdió de vista poco después. Y pudimos respirar,

aliviados.

Incorporóse Azyar, mirándome con un horror tan profundo en las pupilas, que me sentí rabiosamente inerme, ante aquella pesadilla sin precedentes que nos tocaba vivir. Comprendí lo que ella estaba pensando: en su padre, el bueno y noble de Lothai-Wazkyy. ¿Sería un esclavo o un cadáver? Eran las dos únicas posibilidades en que pensar.

La consolé torpemente con un suave apretón de manos al que ella respondió crispadamente, mirándome con inmensa congoja. La apreté contra mí con mayor fuerza y besé sus labios, sin que ella se opusiera. Pretendía, con esto, hacerla comprender que la amaba. Que no me importaban las barreras del espacio que pudieran existir entre ambos. Y que estaría a su lado para bien o para mal. Para morir juntos, si era preciso, o para someternos como esclavos a aquella asquerosa y repugnante raza de parásitos.

Ella me comprendió, sin duda, y no hacía falta telepatía para ello. Sólo sensibilidad, ternura y fe. Ella tenía de todo eso, acaso más que ningún otro ser humano del planeta Tierra, en muestra moderna era mecanizada y fría.

Salimos del automóvil que había servido de tan providencial refugio para nosotros y continuamos nuestra loca carrera por la ciudad. Sin hablar, sin hacer apenas ruido, en una espantosa atmósfera de silencio total, mortífero.

Eludimos a dos o tres patrullas más, ocultándonos tras los edificios o entre pilas de marcianos muertos, tendiéndonos en tierra sin escrúpulo alguno. Azyar parecía tan asombrada como yo mismo de que hasta ahora no fuera detectada nuestra presencia por los supersensitivos cerebros de los «zsaks».

Nada de eso ocurrió, por milagro o por una ley natural que yo no acertaba aún a explicarme, y al fin logramos atravesar un desgarrón colosal de la envoltura reblandecida e inútil ya, de Makrod, la ciudad oculta de los seres libres de Marte.

Estábamos al fin bajo el techo de estrellas y de aire, tenue pero respirable. Acaso pobrísimo en oxígeno, frío y sutil, pero adaptado ya a mis órganos respiratorios, sin duda por alguna intervención de la Ciencia marciana durante mi largo sueño inicial, y lograba respirarlo, sintiendo mi piel aterida por la temperatura inhóspita de Marte.

Corrimos a campo traviesa, por encima de arenas rojizas, contra la dirección del helado viento que barría la superficie marciana. No soltábamos nuestras manos aferradas.

Nos detuvimos finalmente sobre una loma de redondeada cumbre, desde la que miramos atrás, a los pobres despojos de la sometida Makrod. Y entonces cometí un error gravísimo: hablé, acaso lacerado por el interminable silencio, expresando mis sentimientos:

—¡Libres, Azyar! —dije, simplemente.

Acto seguido, comprendí mi tremenda equivocación. Ella me miró, asustada, como advirtiéndome del peligro mortal que nos acechaba.

Enseguida, algo centelleó en la silenciosa oscuridad del campo. Un ojo luminoso se clavó en nosotros, proyectando monstruosas sombras a lo largo

de casi medio kilómetro de suelo. De la ciudad, no tan lejana aún, nos llegó un zumbido o intenso susurro, de movimiento y acción despertadas súbitamente.

—¡Nos han descubierto, Roy! —gimió Azyar, inútil ya todo silencio.

Maldije un montón de cosas, de las que, no me excluí yo mismo. Luego volví la mirada en torno, como buscando una huida, un posible punto de escapatoria, pero otros ojos fosforescentes, brotados como por magia tenebrosa en la campiña de Marte, se fueron concentrando en nosotros, cercándonos de luz.

—No hay escapatoria, Roy —musitó ella, abatida—. Hemos perdido toda esperanza ya...

Con un escalofrío de intenso terror comprendí que era cierto. Que la tenaza implacable de los «zsaks» nos rodeaba y se cerraba ya sobre nosotros...

## Capítulo VII

## ESCLAVITUD



RA una fuga imposible y había que entenderlo así para aceptar con amarga conformidad la derrota. Ningún ser viviente, por sí solo, puede poner un dique a millones de invasores. Y si estos son como los «zsaks», entonces muchísimo peor.

Nuestra loca carrera en la noche helada de Marte, con un invisible ojo suspendido sobre nosotros, siguiendo todos nuestros pasos con indiferencia, hasta que arrojaba su rayo de luz, revelando nuestra presencia y situación, había sido inútil desde el principio. Estéril como todo lo desesperado e insensato.

Azyar se abrazó a mí, estremecida por un frío más intenso y cruel que el de la noche marciana: el de su terror invencible. Y me suplicó, cerca del oído:

—Roy, mátame, termina conmigo antes de que «ellos»... lo hagan.

—Serenidad, Azyar —dije, procurando demostrar que yo la tenía—. Nunca están perdidas las esperanzas, mientras queda un hálito de vida en el cuerpo.

—Oh, no, Roy, no hay esperanza, no hay esperanza... Mira cómo se acercan, cómo nos rodean cada vez más estrechamente...

Era verdad. Hileras de monstruosas luciérnagas se movían en círculo, cerrándolo más y más en derredor de la loma que ocupábamos. Miles y miles de «zsaks» salían en formación militar de Makrod, avanzando lenta pero implacablemente hacia nosotros. El pavoroso ejército sordomudo tardaría minutos escasos en alcanzarnos.

—Escucha, Azyar, tienes que decirme una cosa —la apremié, mirándola directamente a los ojos—. Y no me engañes, por el amor de Dios. «Puede» ser muy importante...

—Jamás podré engañarte a ti, Roy —dijo ella, envolviéndome en la luminosidad de sus hermosas pupilas—. Comprendo tu acción al golpearme y, aunque fue un error muy grande, porque te ha ligado a nuestra propia suerte para siempre y me has arrebatado la posibilidad de que yo recuperase mi forma real, te tengo que dar las gracias por ello. Porque solo si me amas

puedes haber sido capaz de una cosa así...

—Te amo, Azyar, bien lo sabe Dios. Y te amo como jamás podría amar a nadie. No, no podía dejarte aquí y saltar yo al espacio de nuevo, para no volvernos a encontrar.

—Pero, Roy, puedes... puedes sentirte atraído por mi físico, y eso fue simple obra de nuestras ciencias, no un don de la Naturaleza. Amas una simple envoltura, entonces...

—Azyar, eso es lo más extraño —me había olvidado incluso de los «zsaks», hablándole a ella. Posiblemente era la última vez en nuestras vidas en que seríamos dueños de nuestras mentes y de nuestros corazones y merecía la pena apurar la oportunidad—. Azyar, te amo por ti misma, por cómo eres tú y no por tu envoltura, sea hermosa o fea. Aunque volvieras a tu primitiva forma de Marte seguiría amándote y nada me importarían las fronteras de toda índole que se opusieran entre tú y yo. Azyar, te quiero...

—¡Oh, Roy! —me abrazó con una fuerza avasalladora—. Y yo a ti...

—Precisamente de todo eso tenemos que hablar, antes... antes de que nos quiten esta posibilidad a ambos —dije, apremiante, ante la proximidad de los «zsaks»—. Dime, ¿es que ya no puedes leer en mis pensamientos como antes? ¿Es que tu cerebro no responde ya a la usanza de tu propio mundo?

Ella vaciló durante varios segundos. Al fin, alzó unos ojos preocupados hacia mí.

—No, Roy —confesó—. No puedo leer nada de tus pensamientos, no siento sobre mi mente influjo alguno de esos horribles «zsaks»... Creo que mi propia mente, ha evolucionado, al destruirse los transformadores de materia... y voy volviéndome terrestre por completo.

—¡Bendito sea el cielo! —exclamé—. ¡Eso es lo mejor que puede ocurrir! Ahora, escúchame: no demuestres en absoluto que eres o fuiste marciana, no des a entender a «zsak» alguno que has pertenecido a este mundo. Si se te interroga, mental o físicamente, empleen el medio que empleen, repite siempre una misma cosa. Recuerda esto y grábalo en tu mente hasta ser una obsesión completa: «No soy marciana. Yo soy terrestre. Yo nací en la Tierra. He venido a Marte con el capitán Ullman. Soy una mujer de la Tierra». Y no salgas de ahí por nada del mundo.

—Pero ¿por qué, Roy? ¿Por qué? —gimió, angustiada, mirándome primero a mí y luego al cerco de invasores, en cuya luz lívida estábamos bañados ahora, inmóviles y derrotados.

Hablé apresuradamente:

—No hay tiempo para más, Azyar. Recuerda solo eso y no te resistas. Déjate capturar, deja que te hagan su esclava. Y, a ser posible, obra como un autómata, no opongas resistencia a nada.

—¿Rendirnos a «ellos»... sin lucha? ¡Oh, Roy, eso es demasiado horrible!

—Lo sé, lo sé, pero no hay otra solución. Luchar, significa morir. Son miles, millones acaso, los que pueden caer sobre nosotros ahora. De momento, no pueden captar nuestras mentes y eso es lo que habremos de

evitar por todos los medios. Azyar, acaso Dios haga el bendito milagro de que la mente terrestre sea superior a la marciana en algo: en la lucha contra los «zsaks», por ejemplo.

—¿Crees eso posible, Roy?

—Tenemos que creer en algo. Algo que sea superior, incluso, a los «zsaks». No puedo admitir que esa repugnante plaga de una galaxia remota, de una nebulosa formada por planetas y astros más fríos y sin alma, logren aplastar todo rastro de vida espiritual en los mundos. No puede imperar el silencio en los mundos, porque los seres vivientes y dueños de un alma no pueden ser esclavos sometidos a nada ni a nadie. Por eso creo, Azyar, y tú tienes que creer también. Confiemos en nosotros, puesto que en nada más nos queda que confiar, aparte la Divina Providencia. Acaso nosotros seamos Su vehículo en el futuro.

Su voz temblaba al decir:

—Quisiera tener tu fe, Roy...

—La tienes, en el fondo de tu ser, cariño —le sonreí, alentadora—. Acaso sea este el último momento de nuestras vidas, el final de nuestro camino por la existencia. Pero si algo ocurre y no volvemos a reunirnos jamás, Azyar, quiero que recuerdes que te amé, y que hice cuanto estuvo en mi mano por librarte de este horror. Ahora, confía en mí, ocurra lo que ocurra...

No pudimos decirnos más. Nos abrazamos, unimos nuestros labios en un postrer besó de despedida, de amor y de mutua comprensión. Después, llegaron los «zsaks».

Sentí que miles de horribles tentáculos membranosos y tiernos nos apartaban, con la misma fuerza con que lo haría un pulpo gigante en el fondo de las aguas. Sólo que necesitaban cientos de ellos para aunar esa fuerza.

Por un momento deseé luchar, enfrentarme con aquella cuadrilla cobarde y criminal de piratas del Universo. Pero recordé a tiempo mi propia esperanza, débil y postrera.

Azyar braceaba desesperadamente, pero ninguno de los «zsaks» parecía decididamente agresivo con ella. Parecían obrar de un modo mecánico ellos también, como obedeciendo órdenes de un ser superior que coordinase sus actos desde otro lugar. Me recordaron los «robots» terrestres e incluso a los propios marcianos sometidos que viera desfilar por las calles de Makrod. ¿Serían los «zsaks», a su vez, unos autómatas vivos en manos de otro ser superior aún?

Paralicé de pronto mis pensamientos, o «algo» ajeno se encargó de paralizármelos. Aquel impacto mental y debilísimo experimentado cuando luché con el primer «zsak», se repitió ahora, mucho más intensificado. Perdí la noción de las cosas, aunque vagamente advertía que mis ojos no dejaban de ver y de captar las imágenes de cuanto ocurría en derredor mío. Era mi mente la que habíase detenido de pronto, paralizada por completo, si bien subsistía en el subconsciente un fondo vago y borroso de sentidos despiertos, de afán de no ceder a los influjos telepáticos y absorbentes de la raza invasora de

Marte.

Pero era un leve rescoldo entre cenizas, un pálido reflejó perdido en la sombra y, prácticamente, dejé de pensar en todo y en todos, para seguir, como en estado cataléptico, arrastrado por miles de repugnantes tentáculos tiernos, que ni siquiera advertía.

¿Adónde? ¿Para qué?

Eran las dos preguntas más horribles y desoladoras que un ser humano podía haberse formulado. Y ambas carecían aún de respuesta...

* * *

Despertar puede ser, a veces, sumirse en una pesadilla más espantosa que la de un simple sueño. Porque entonces uno se pellizca, para convencerse de que todo es cierto, y resulta serlo, por desgracia.

Aquella era, de todas las pesadillas imaginables, la más alucinante e increíble. No solo por ser cierta, tangible y real, sino porque me trajo recuerdos atroces. Visiones del Infierno de Dante, de las cámaras de tortura medievales o de los campos de penados de las regiones siberianas, allá en nuestro mundo, antes de la última Guerra Mundial vivida.

Todo eso, con los «zsaks». Y con seres sin alma, sin cerebro, sin vida propia alguna. Cercado de autómatas por doquier, sometido, como ellos, a la esclavitud.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué sitio era aquel donde me encontraba, de repente, como si hubiera despertado súbitamente a un sopor sonámbulo, ya que estaba en pie, y no tendido sobre lecho o lugar alguno? Estaba, sencillamente, hincando una especie de barreno o taladro metálico, en una superficie metálica también, de la que arrancaba chispas, a medida que perforaba su enorme grosor. Alrededor mío, en mil sitios a la vez de la misma superficie metálica, gigante e inabarcable, miles de millares de marcianos, blancos y arrogantes, hermosos aún, trabajaban dócilmente, esclavos totalmente automáticos al mando de cerebros superiores y despiadados. Nadie miraba a nadie, nadie se fijaba en nadie... «excepto yo».

Era asombroso.

¿POR QUÉ YO? Sin duda llevaba tiempo allí. ¿Cuánto? ¿Y quién podía responder a esto? Eché una ojeada calculadora en derredor, sintiendo algo parecido a una nube de algodón, espesa y adormecedora, huir de mi mente, aclarando las ideas y mostrándome de nuevo la forma y dimensión exactas de las cosas.

Dejé de usar el taladro un leve segundo y acto seguido vi volverse a un «zsak» que patrullaba entre nosotros, arrastrándose como un horripilante ser de pesadilla entre los miles de esclavos. Rápido, volví a mi labor, seguí fingiendo absoluto desinterés por todo, y el «zsak», después de clavar en mi su luminosa pupila, volvió a continuar la lenta ronda sin fin.

Mi mente era un hervidero de ideas disparatadas y sin sentido. Advertía,

vagamente, que mi rostro estaba descuidado, barbudo. Bastaba mirar hacia abajo para ver la sombra del abundante vello bajo la nariz. Con la punta de la lengua, exploré junto a mis labios, y encontré pelo abundante en bigote y barba... Cuando fui capturado iba rasurado y limpio. ¿Eran días, meses o AÑOS lo que llevaba allí, inclinado sobre aquel absurdo suelo liso y metálico, de kilómetros y kilómetros cuadrados de extensión, bajo el cielo azul oscuro, frío y desapacible, del planeta Marte?

Esclavos en un desierto de metal espeso, que taladrábamos todos con fría abyección. Esto resultaba increíble, como todo lo demás. Y yo... ¿por qué despertaba ahora, en aquella postura y trabajo, tras un período total de tinieblas y absoluta inconsciencia?

Advertí que no había grillete ni cadena alguna que nos frenase los movimientos. ¿Y para qué iban a aplicarnos tal freno, si se suponía que éramos autómatas sin ideas propias? Todos los que me rodeaban eran autómatas, sin el menor género de duda. Sólo yo... «yo» era de nuevo yo mismo. La razón de ello era un misterio todavía para mí.

En la distancia, sobre aquel suelo igual, liso y metálico, destacaba una alta silueta gris, algo así como una torre afilada, en forma de aguja erguida hacia los astros. Su remate, era fríamente luminoso al ser herido por los débiles rayos de nuestro Sol, muy lejano y mortecino en la distancia inmensa de los espacios.

Advertí también que mis manos, al empuñar el taladro, estaban, materialmente heladas, ateridas por el intenso frío reinante, por el viento que ululaba con extraño gemido al barrer aquella llanura inconmensurable de metal.

Aparte ese ruido, aparte el zumbido sordo de los taladros, todo era silencio, un silencio que helaba más aún que los crudos vientos marcianos y que las bajas temperaturas en que tan bien parecían moverse los «zsaks». Había tenido razón Lothai-Wazkyy: por dónde pasara la plaga estelar de los «zsaks», nada volvía a ser igual. Un soplo de horror silencioso se abatía sobre el punto invadido, para sumirlo en una muerte letal, en un fin peor que el mismo desastre.

No comprendí por qué hacíamos aquellas perforaciones en el suelo metálico, pero seguí obrando mecánicamente, aunque los brazos me dolían extraordinariamente y mis músculos eran como de puro corcho, bajo la piel estremecida de frío. Lo cierto es que tenía que trabajar igual que hasta entonces mientras pudiera mantenerme en pie. Tenía que seguir fingiendo que obraba como un autómata. Mi teoría era que durante un lapso de tiempo, imposible de medir, había estado sometido a la influencia dominadora de los «zsaks», que sin duda dieron también con mi «frecuencia» mental. Pero ahora, por la razón que fuese, algo les fallaba en su perfecto mecanismo cerebral. Había «algo» en las mentes, terrestres que no era igual a las demás. No podían mantener ese control indefinidamente. Yo, el «robot» viviente, era de nuevo Roy Ullman, el terrestre...

Y esto era muy importante. Lo más importante para mí.

De repente vi parar a todos los obreros marcianos como a un solo impulso. Algo zumbó en mi cerebro, como un lejano timbre. No significaba nada para mí, ni ejercía efecto alguno en, mis actos. Pero juzgué oportuno parar al mismo tiempo que todos y, como ellos, mantenerme erguido, estático y sin vida, clavados los ojos en el vacío.

Después, todo el metal vibró bajo mis pies, con un arrastrar de cuerpos. La enorme masa blanca se fundía, sus miembros parecían soldarse en una perfecta columna viviente que caminaba hacía un lugar concreto, sin una duda, sin una vacilación. Seguí a los dos marcianos más próximos a mí, pisé sus talones hasta la vasta columna, que recordaba una fila de millones de hormigas blancas, camino de su hormiguero.

Procuraba no pensar en nada, no activar el funcionamiento mental, en prevención de cualquier «interferencia» telepática de los «zsaks», que les revelase mi estado actual. Si estimaba en algo mi vida (y la de Azyar, no debía olvidarla a ella), tenía que ser el mejor actor de todos los tiempos, para engañar a nuestros fríos tiranos de la Andrómeda.

¡Cuánto tiempo avanzando por aquella llanura sin fin, gris e igual, surcada de raras perforaciones, obra nuestra! Y el objetivo del avance era uno bien claro, ya lo apreciaba: la curiosa torre esbelta y vertical, con remate de vidrio. Algo, una fuerza, superior a todos nosotros —excepto a mí mismo—, arrastraba a los millones de seres hacia la curiosa torre.

De repente, me fijé en la extraña curvatura del horizonte. Había algo peculiar en ella. ¿Qué podía ser? En la Tierra, jamás vi curvatura semejante. Y en Marte... en Marte TAMPOCO. La razón lógica era una sola: que el lugar que estaba pisando, aunque esférico, NO ERA EL PLANETA MARTE, NI PLANETA ALGUNO.

La idea me asaltó con tal brillantez que cegó mi mente. Aquello era una estación gigantesca del espacio. Una estación asentada sobre el suelo de Marte, sin duda, esperando el momento de lanzarla al espacio tal vez... ¿Hacia DÓNDE? Esto último era simple presentimiento. Un vago y horrible presentimiento, pero solo me acudió un nombre: ¡LA TIERRA!

Sí, eso era. Entonces vi claros los propósitos de los «zsaks». Durante mi sueño, explorarían mi mente. Acaso leyeron en ella, como antes leyeran los marcianos, cosas de nuestro mundo y de nuestra vida.

Supieron, a no dudar, que la Tierra habría de ser atacada de forma distinta a Marte. Un ingenio bélico muy poderoso tendría que horadar la atmósfera terrestre, plagada de estaciones del espacio, de satélites artificiales y de barreras protectoras contra cualquier ataque, bien intercontinental o interplanetario. Y «esto» era la nave... Estaba pisándola yo, junto con otros millones de seres, ajenos a su labor. Aquellos orificios llevarían posiblemente remaches enormes, o por ellos brotarían armas desconocidas de mis semejantes, bien ajenos en la Tierra a todo ataque de otros espacios...

La estación espacial de los «zsaks» estaba en período de construcción. Y el

enorme avance en su realización venía a indicar que eran meses enteros los que había pasado aletargado bajo su dominio mental.

Siempre pisando aquel suelo, llegamos a la entrada de la torre central. Porque centro era, a no dudar, de aquella colosal estación cósmica, cuyo volumen bien podría equipararse al de un planeta o satélite real. La entrada a la torre era subterránea. Abríase una compuerta de proporciones fabulosas, a los pies mismos de la orgullosa torre metálica, y por ella descendía una ancha vía rodante, siempre en movimiento, a cuyos lados había hileras de vigilantes «zsaks», mirándonos fija e inexpresivamente. Yo sabía que otros ojos, más agudos aún que los de «ellos» mismos, estarían ahora cendrados en aquella masa de esclavos mecánicos. Pensé, inmediatamente, en su Cerebro Supremo, en el Centro Coordinador de aquella plaga de monstruos, que eran como filas de horripilantes sesos, latiendo vivos, enormes, bajo la membrana repulsiva de sus cráneos.

¡El Cerebro Supremo! Si alguna vez pudiera llegar yo a él, verlo ante mí...

Descendí sobre la banda movible, igual que todos los demás. Penetramos en una galería interior, de muros luminiscentes, iguales a los de las ciudades de Marte, o muy semejantes. Acaso más frío todo, más carente de vida y de soplo humano.

Mi asombro no conoció límites. Dentro de la monstruosa caparazón metálica se albergaba una verdadera ciudad, una urbe completa, resguardada de la luz solar, cubierta por la bóveda fabulosa del satélite, astronave o estación del espacio diseñada por las mentes de los «zsaks».

Recorrimos sus calles. Era un ciudad muy curiosa. Había por doquier unas garitas cerradas, con vidrios rojizos, de forma oval, muy similar a ojos clavados en nosotros. Una luz helada brillaba tras ellos. «Ojos electromagnéticos»... La idea me asaltó en el acto. Ojos vigilantes, automáticos, sin vida, manejados a distancia. ¿Es que el Cerebro Supremo no se fiaba de sus esbirros sesudos?

Dejé de pensar mientras cruzábamos bajo una red realmente inextricable de invisibles rayos infrarrojos, lectores fieles de nuestros pensamientos, a no dudar. Sólo un esfuerzo sobrehumano, unido a mi propia fatiga corporal, lograron el prodigio de crear en mi cabeza un vacío que no revelara mi estado consciente al enemigo.

Las calles eran silenciosas, largas y vacías, como una ciudad muerta. Recordaban a Makrod, tras la invasión. Los grupos de esclavos iban entrando en diversos edificios a medida que pasábamos ante ellos, siempre bajo la vigilancia de aquellos inhumanos ojos clavados en nosotros. Yo me metí allí donde mis compañeros de sección entraron.

Era una vasta nave iluminada por una turbia y fría luz rojiza. Ojos luminosos, iguales a los externos, se clavaban en nosotros desde los muros metálicos y hostiles. En largos estantes de metal se alineaban platos de contenido verdoso y gris, una pulpa realmente repulsiva, que los marcianos iban consumiendo poco después, ingerida de forma casi milagrosa por una

abertura que se, producía en su rostro sin forma. También en eso tenían cierta semejanza con los seres terrestres, pensé.

¿Tenía qué comerlo yo también?

De un modo instintivo, mis ojos se fijaron en un plato que contenía algo diferente a los demás. Parecía carne. Sangrante carne cruda, al parecer. Aquello tenía que ser para mí. Y por mucho que me repugnase tenía que comerlo. Lo habría comido tantas veces ya...

Era carne, en efecto, de sabe Dios qué animal marciano. Sometida a un proceso de congelación, me hacía castañear los dientes, pero la comí sin vacilar, dominando mis náuseas cuanto era posible, aun en mi papel de autómata...

De repente, se me heló la sangre en las venas, más aún de lo que estaba aquella carne de todos los diablos. «Algo» tocó mi hombro. No me volví, no solté el resto de carne, a pesar de que esa fue mi primera intención al notar el viscoso contacto en la piel, bajo mi destrozado uniforme. Permanecí quieto. Y entonces, un par de asquerosos tentáculos pasaron ante mis ojos, arrancándome el alimento. Al mismo tiempo, algo, en el fondo de mi mente, me dijo con extrema debilidad, pero gran urgencia: «Vuélvete. Síguelos...»

Me volví. Seguí a aquellos dos repugnantes «zsaks», cuyos ojos se clavaron en mí un breve segundo, antes de comenzar a reptar sobre el suelo, llevándome lejos del resto de los esclavos de Marte.

Algo ocurría. Mis nervios estaban tensos. Sólo podía controlar mis pensamientos al pasar ante uno de aquellos malévolos ojos luminosos de las paredes. Salimos a las calles silenciosas de la ciudad «zsak». Pasé con éxito la prueba terrible de las garitas vigilantes, impersonales y silentes, en una ciudad donde el ruido se desconocía.

¿Adónde me llevarían mis tiranos?

No podía saberlo, pero una cosa estaba clara: algo iba a ocurrir allí. Algo trascendental para mí. Lo que eso pudiera ser, era aún un enigma...

## Capítulo VIII

## CEREBRO SUPREMO



N un serpentín veloz, ascendente, que me condujo a alturas increíbles, subimos y subimos, tanto mis dos celadores como yo mismo. Resistía sus miradas monoculares sin un parpadeo, sin una contracción muscular, sin moverme de mi posición de autómata. El techo de la ciudad se hizo angosto, si bien continuó siendo brillante.

Horrorizado, vi la clase de muros que se deslizaban a ambos lados de aquel serpentín viajero que subía hacia el remate de la soberbia torre, a no dudar. Eran las paredes más transparentes y luminosas que viera jamás. Y detrás de ellas... Creo que entonces experimenté más náuseas aún que al tragar aquella repulsiva carne.

Eran como medusas. Miles, millones de horrendas y cristalinas medusas, en proceso de formación. Como enormes microbios en un tarro de alcohol, como engendros vivientes, agitándose en un líquido viscoso y ambarino, pero en recipientes de fabuloso tamaño, de altura ciclópea.

Se apreciaban sus sesos desarrollados, bajo una membrana tenue como celofana, los leves fragilísimos tentáculos, aún formándose. Eran millones y más millones de «zsaks», como criaturas sin formar, igual a terribles fetos, conservándose y creciendo en una materia líquida, encerrados en vitrinas inmensas. Pequeños y translúcidos aún, futuros monstruos invasores de mundos y más mundos del Universo...

Aquello era un centro reproductor de los seres de la Andrómeda. Y mis ojos eran los primeros en verlos, en sentir la magnitud horrenda de la invasión remota, del pueblo sin alma, boca ni oídos, que quería dominar el Cosmos entero... y estaba camino de lograrlo.

Al final de aquel trayecto ascendente de pesadilla terminaban las vitrinas cuajadas de engendros «zsaks» en formación para alcanzar una oscuridad azulina, no del todo espesa, sino bañada de cierta luminiscencia muy tenue. El frío allí era tremendo, acaso de más de treinta o cuarenta grados centígrados bajo cero. Creo que mi cuerpo estaba insensibilizado ya a esas pavorosas temperaturas, por su misma aclimatación durante el largo período en que mi

mente y mis nervios no acusaron los efectos glaciales de la atmósfera.

Era curioso, pero todo lo que rodeaba a los «zsaks» era frío, gélido... Como ellos mismos, como sus distantes mundos azules y helados de la Andrómeda, lejos de los soles capaces de dar calor a los planetas...

El silencio casi podía mascarse, de puro sólido que resultaba. Un vaho helado se escapaba de entre mis labios a medida que yo respiraba, lenta y mecánicamente. Escoltado siempre por los dos esbirros mudos, llegué al fondo de la penumbra azul, se abrió una especie de puerta o plancha corrediza en el muro, sin ruido alguno... y vi el espectáculo más increíble, espeluznante y horroroso de todo lo que el ser humano puede ver. Más de lo que es soportable y más de lo que yo esperaba también.

Hasta el punto que retrocedí, conteniendo un gesto de horror y de asco, y ello provocó el cataclismo total. Porque los «zsaks» que me escoltaban supieron, automáticamente, que yo volvía a ser YO. Que ya no era uno más de sus esclavos.

También debió de saberlo AQUELLO, el espantoso horror con el que acababa de enfrentarme, súbita e impensadamente... al abrirse la pared. Porque «aquel»...

¡AQUEL ERA EL CEREBRO SUPREMO DE LOS «ZSAKS»!

* * *

Los «zsaks» avanzaron sobre mí, despidiendo luz fosforescente y fría sus ojos únicos y crueles. Los tentáculos se movieron con rapidez, dentro de su habitual lentitud. En aquella vasta nave azul y fría, la presencia ominosa del Cerebro Supremo hacía que todo apareciera diferente. Aturdía los pensamientos y ejercía sobre uno una influencia nefasta y adormecedora.

¡No, no podía dejarme arrebatar de nuevo las ideas, los pensamientos, la independencia humana! ¡Había deseado tanto esta confrontación con el dictador de todos los «zsaks»! Pero, claro, yo no podía esperar tal cosa, tal atrocidad viva...

¿Cómo suponer que uno va a enfrentarse con un recipiente de vidrio, parecido al que contenía a los engendros tentaculares, pero de una anchura y altura enormes, tal vez de cien metros cuadrados de superficie, conteniendo dentro de sí, y flotante en un líquido viscoso pero transparente como el más puro líquido incoloro, una masa encefálica fabulosa, un cerebro que ocupaba casi totalmente su volumen, todo materia grisácea, tirando a amarillento, surcado de venillas, nervios, latiendo, VIVO Y HORRIBLE... LATIENDO CON GRAN RITMO, y sin ojos ni miembros visibles en todo su espantoso ser.

¡El Gran Cerebro era, simple y únicamente, eso! ¡Un CEREBRO, solo, espeluznante, gigantesco, que era más parásito aún que los propios seres parasitarios que dirigía, porque no era sino masa encefálica pura, encerrada en un recipiente asombroso!

Rabioso, sacudiéndome la modorra en que me sumía la presencia de aquella pesadilla viviente al otro lado del vidrio, rehuyendo una influencia maligna y violenta que se podía intuir y captar en el aire mismo, en las dos hileras de ojos magnéticos que se habían encendido súbitamente, con un azul intenso y helado, a ambos lados de la fantástica vitrina, me defendí del acoso de los dos «zsaks», cuya vulnerabilidad a mis ataques físicos continuaba siendo igual que antes.

Rugí con la furia de un león, mientras los ojos parpadeaban en el muro, a cada golpe de sonido procedente de mi boca, y destrocé tentáculos y cerebros sin sentirme satisfecho. Los restos de los dos «zsaks» yacían a mis pies, cuando creí percibir un siseo rápido y creciente, procediendo de debajo de mis plantas. Subiría, sin duda, el serpentín, cargado de «zsaks».

Entonces me revolví contra el cerebro que se agitaba, latiendo tumultuoso, en su líquido elemento: chillé, estridente, como enloquecido, apretando mis puños, que deseaban destruir, matar, aniquilar a toda costa.

—¡Devuélveme a Azyar, canalla! ¡Devuélveme a esa mujer que capturaste junto conmigo, o destrozaré esta vitrina y dispersaré los trozos de tu repugnante cerebro, por grande que sea, a los cuatro vientos! ¡Yo no soy un esclavo de Marte, no puedes conmigo nada, Cerebro del demonio! ¡Soy superior a ti, a todos tus procedimientos de dominio...! ¡Vamos, entrégame a Azyar, antes de que te saque de ese recipiente del diablo!

Inesperadamente, una voz sonó, procedente de la nada, del vacío mismo, acaso de la propia vitrina que guardaba al Cerebro Supremo de los invasores galácticos:

—¡No sigas, hombre de la Tierra! —era una voz, SÍ, pero no REAL, como la de Azyar o Lothai. Era una, voz «creada» metálicamente, a base, de puras vibraciones electrónicas—. ¡No alardees de lo que no puedes hacer! ¡Tus pobres fuerzas físicas se estrellarán en mi muro que tú crees de delgado cristal! ¡No hay medio de vencernos y tú lo sabes! ¡Mira para lo que ordené que subieras, terrestre! Aunque debí imaginar que TAMBIÉN tú eras ya normal...

La chirriante voz formada a base de vibraciones metálicas, se detuvo. Yo miré a un lado, donde otra compuerta se abría, apareciendo una segunda vitrina casi vacía... a excepción del cuerpo femenino, hermoso y con el cabello de plata ondeando al flotar en su líquido viscoso, que flotaba a su vez en forma horizontal, inerte, entre dos aguas.

Grité, lleno de horror, y retrocedí ante aquel espectáculo. ¡ERA ELLA, MI AZYAR! Estaba sin sentido, abiertos sus ojos sin ver, flotando en el líquido transparente, al otro lado de la gran vitrina...

Me lancé contra la misma, la golpeé con la furia de mis puños crispados, descargué patadas, ataqué aquel lugar de pesadilla. No logré nada. La materia que parecía cristal era dura, firme, compacta e irrompible. Me abatí sobre ella como una mariposa gigante en inútil acoso al cristal de la urna en que la encerraron. Y lloré, impotente.

La voz, potente, clara, dominadora de todo y de todos, se filtraba en mi cerebro, hacía girar mis impresiones en forma concéntrica, como ondas de agua al caer una piedra:

—¡Estás vencido, todos pueden ser vencidos por nosotros! ¡Ríndete, Roy Ullman! ¡Tus conocimientos nos servirán para invadir tu mundo, para convertirlo en un mundo mejor y sin problemas! ¡Yo, el Cerebro Supremo, te lo ordeno! ¡Mira a tu adorada Azyar! También ella dejó de ser esclava, demostró que volvía a PENSAR por sí misma... y ese es el fin de los que no aceptan la esclavitud. Exploraremos su cerebro, abriéndoselo y registrando todos sus recovecos, igual que el tuyo propio... Pero aún podéis salvaros... Aún podéis salvaros...

Me revolví, con las lágrimas resbalando por mis ateridas mejillas. Miré con una ira salvaje la gran vitrina. A medida que sonaba la voz metálica, con cada vibración vibraba también la enorme masa encefálica sin ojos ni miembros. Era ÉL quien hablaba, por imposible que pareciera... ÉL EMITÍA las ondas capaces de formar sonidos. Su poder era muy grande. El poder del cerebro frío, sin reacciones, sin alma, sin calor ni vida espiritual...

Miré a los «zskas» que, en proporción fabulosa, aparecían al final del largo corredor azulado. Fría su mirada, fría su presencia, como todo lo que me cercaba, lo que me hundía.

¡FRÍO!

Fue un golpe repentino en mi cabeza. Me latieron las sienes, me ardió el rostro, al afluir súbitamente la sangre a él. ¡FRÍO! La palabra me machacó como un, martillo, rebotó bajo la superficie de mi cráneo, como un grito de alerta, cómo un aviso de algo superior.

«Frío»... Fría era su luz, frío su mundo, como las galaxias lejanas, sin soles ni luz de vida... Fría la temperatura en que se desenvolvían, glacial todo lo que les servía de medio de vida... Marte mismo, era FRÍO para ellos, porque el Sol no alumbraba allí.

Yo no disponía de medios, pero había uno, uno solo para emplear aún... ¡CALOR!

Yo no poseía ya arma alguna encima de mí, nada capaz de crear CALOR, nada que pudiese originar una reacción térmica en el aire o en los objetos... Estaba acorralado entre aquel cerebro poderoso y gigantesco y sus esbirros-parásitos, los «zsaks».

Sin embargo, era preciso... Ahora sabía que la Tierra podía salvarse, porque su clima rechazaría a los «zsaks» si algún día llegaban cerca de ella. Su atmósfera, rica en oxígeno, en calorías y en energía solar, rechazaría, con las solas armas de una sabia Creación a cualquier enemigo llegado de zonas más frías del Universo, de espacio donde la fuerza térmica no se utilizaba...

Pero era a Azyar a quien tenía que salvar. A aquella desdichada criatura que flotaba en una de sus asquerosas vitrinas, en su pestilente líquido espeso, a mi Azyar, a quien yo amaba por encima de todo...

Y, sin embargo, a pesar de descubrir en aquel fulgurante segundo, el

verdadero Talón de Aquiles de mis adversarios, no podía hacer nada... Nada en absoluto. Sólo rendirme y morir, bien como esclavo, bien como rebelde... La muerte era el único fin posible...

## Capítulo IX

## ¡CALOR!



ISPONÍA solo de breves segundos para apurar las probabilidades de salvación. Mis manos entumecidas recorrieron mi destrozado uniforme sin hallar nada en los bolsillos, nada en lugar alguno. La guerrera estaba muy destrozada. El pantalón militar, rematado por las botas reglamentarias, se conservaba mejor...

¡El pantalón! Me estremecí. El pantalón estaba perfectamente sujeto a mi cintura aún, a pesar de mi adelgazamiento en aquel lapso de tiempo inconsciente. Eso quería decir que llevaba mi cinturón oprimiéndolo en la cintura. Y el cinturón único que yo llevara siempre había sido el reglamentario del Ejército del Aire, con sus pequeñas cápsulas de repuesto para mi arma nuclear.

Cierto que mi arma nada había hecho a los «zsaks» cuando el ataque a Makrod, a pesar de haberla utilizado, porque su campana protectora de energía magnética había servido para hacer rebotar los proyectiles sobre ellos.

Pero los proyectiles eran una cosa... y la propia energía termonuclear que ellos contenían, otra muy distinta. Y, si el cinturón no había sido tocado de como era en su origen... tenía que poseer dos cargas de repuesto. Todos, en la Tierra, desde que se creara el Cuerpo Especial de Astronáutica y Navegación Interplanetaria, en 1968, llevábamos esa prenda-canana sobre nosotros. Y los «zsaks» no habrían dado importancia a esas cargas inofensivas para «ellos». ¿Inofensivas? ¡Ahora íbamos a verlo!

Mis dedos helados encontraron las dos cápsulas de repuesto, diminutas y alargadas, oprimidas en el cinturón militar por dos bandas del mismo material. Tiré de una de ellas cuando la patrulla de numerosos «zsaks» cubrían toda posible escapatoria y se movía hacia mí, implacable en su lentitud. Los ojos magnéticos del Cerebro Supremo estaban fijos en mí... pretendían captar mis ideas, pero yo las disfrazaba con todo el esfuerzo posible de mi consciente.

No supo lo que me proponía, ni siquiera debió causarle temor la irrisoria acción mía, al elevar entre mis dedos la cápsula. La miré, fascinado, no más de medio segundo. Posiblemente, iba a ser nuestro fin, el de todos. Pero no

dejaría de ser un consuelo.

Azyar aún flotaba en su vitrina. La miré con dolorida expresión al musitar:

—Lo siento, cariño... No hay otro medio ya... Lo siento...

Y tomando la segunda cápsula, empecé a golpear una contra otra, haciendo entrechocar sus sensibles pistones, en una doble acción percutora, que tenía que traer consigo el desastre más grande que el ser humano podía crear: una explosión termonuclear, un estallido de la energía contenida dentro, por poca y gastada que fuese ya, que provocaría tal vez una desintegración en cadena, un bombardeo de mortal radiactividad y, por lógica consecuencia, un calor de miles de grados centígrados sobre cero, capaz de fundir los metales.

El mecanismo de percusión entró en acción cuando los «zsaks» llegaban ya sobre mí. Musité una oración, breve y sencilla, y sentí arder entre mis dedos el material, a punto de estallar, enrojecido por el choque repetido. Lo lancé sobre la vitrina del Cerebro Supremo entonces, y me lancé al suelo, de bruces, para eludir en lo posible lo que vendría después...

* * *

La fuerza termonuclear, debilitada por el frío glacial que nos rodeaba, por el ambiente de Marte y, acaso, por la falta de oxígeno, en comparación con la atmósfera terrestre, obró con una debilidad que hubiera podido ser decepcionante, de no llegar el éxito por un lado imprevisto.

La explosión atómica, reducida a su mínima expresión, creó una llama roja, violenta y ruidosa, cuando las dos cápsulas chocaron con la vitrina. Un calor, débil al principio, suplió al frío anterior. Los «zsaks», como petrificados, se detuvieron.

¡Y LA VITRINA DEL CEREBRO SUPREMO EMPEZÓ A DERRETIRSE COMO SIMPLE CERA!

El líquido que contenía enrojeció súbitamente al sufrir el aumento de temperatura, y brotó en una ardiente catarata por la abertura creada al derretirse la materia cristalina. Los ojos electrónicos parpadearon alocadamente y se apagaron luego. Un silbido siniestro llenó el ámbito de la sala de pesadilla, mientras un horroroso estertor, una inútil pugna del cerebro vivo para huir al calor espantoso e imprevisto que le cercaba, escapó del otro lado de aquel muro transparente, que goteaba como si fuese sebo calentado.

Los «zsaks», quietos y sin agitarse siquiera, parecían una legión de autómatas, a quienes se les ha desprovisto de su cerebro electrónico. Acaso esa fuera la realidad...

Me lancé, desafiando el intenso calor radiactivo que de repente había invadido aquel lugar antes glacial, y mis puños se hundieron ahora en la materia reblandecida de la vitrina donde flotaba inerte. Azyar. Tiré de la materia blanda, como si fuera papel, la rasgué, quedándome, con jirones que parecían gelatina entre los dedos, y enrojeció también el líquido helado que contenía, al escapar en torrente el exterior. Mis ropas humearon al ser

azotadas por aquel líquido que abrasaba. Pero el calor, creciente e infernal, me sabía a gloria, después de meses y meses entre puro hielo.

Estiré mis brazos automáticamente, recogiendo en ellos el cuerpo sin señal de vida de Azyar, y me precipité después con ella, goteando algo transparente y cálido, que parecía fango pantanoso, fuera del lugar del desastre.

Me moví contra los «zsaks», y estos, increíblemente, cedieron a la presión simple de mi cuerpo, abriéndome camino, rodando por el suelo, como objetos carentes de vida.

Comprendí la única, la espantosa y sorprendente verdad: ellos tampoco tenían vida. ELLOS, LOS CRUELES «ZSAKS», NO HABÍAN SIDO SIEMPRE SINO AUTÓMATAS AL SERVICIO DEL ÚNICO CEREBRO PODEROSO, CRUEL Y DESPIADADO DE LA ANDRÓMEDA: ¡EL CEREBRO SUPREMO, A QUIEN AHORA VI, AL VOLVERME, DERRETIRSE EN ESPELUZNANTE PULPA GRISÁCEA Y DEFORME, EN MEDIO DEL CAOS TÉRMICO PROVOCADO!

No sabía adónde iba, con Azyar entre mis brazos, no podía calcular vía alguna de escape... pero solo tenía una idea fija: HUIR, HUIR AL CALOR NUCLEAR, tan despiadado y peligroso como los mismos «zsaks» y su frío polar...

No me importaba en absoluto que Azyar y yo mismo estuviéramos impregnados de radiactividad. Bastaría con que antes de diez días de tiempo encontráramos el «Martian» y en su cámara antinuclear nos libraríamos de la muerte cierta...

El calor se extendía por toda la gran base espacial de los «zsaks» y su siniestro amo informe, conducido por el aire tenue de Marte. Era de esperar que muy pronto el frío marciano se encargara de frenar la fuerza termonuclear y la desintegración atómica tan lentamente provocada en aquel medio ambiente.

Y a todo eso era a lo que huíamos ahora, como dos náufragos solitarios en la base que los «zsaks» estaban construyendo para lanzarse a la conquista de otros mundos...

¿Nosotros solos? ¡Cielos, qué sorpresa me aguardaba abajo, cuando logramos llegar al final del serpentín descendente!

Me quedé asombrado.

Miles, millones de frenéticos marcianos, otra vez hermosos y arrogantes, libres súbitamente de su amo mental, rescatados de la esclavitud, corrían de un lado a otro, pronunciaban palabras que yo no entendía, sonidos armoniosos, musicales, deliciosos a mi oído... ahora más que nunca. Creo que todo ruido, todo grito, toda voz, todo sonido, era hermoso después del espantoso silencio vivido, de un silencio que estuvo a punto de ser factor común de todos los mundos habitados del Universo, de toda la Creación, puesta en peligro por la ferocidad despiadada de un ser, amo y señor de todos los demás seres, excepto de las criaturas más díscolas y rebeldes del Cosmos: el Hombre, el Terrestre, cuyas únicas y débiles fuerzas, en un mundo de seres

superdotados, había logrado dar con el fracaso de los Invencibles, de los Invulnerables. Y todo ello solo con un elemento que poseemos en nuestro amado mundo, que generosamente nos proporciona el astro diurno: el Sol.

Ese solo elemento tenía un nombre, breve y sencillo: CALOR...

* * *

Siguieron a ese día jornadas angustiosas, tanto como las anteriores.

Todavía las recuerdo con un estremecimiento. Porque no es fácil que olvide nunca, que llegue a considerar como borrado de mi mente el recuerdo de aquellos interminables, días de búsqueda desesperada, de angustiosa exploración de los desiertos marcianos, en busca del «Martian», mi nave espacial, único lugar de todo el planeta donde podía despojar a Azyar y a mí mismo de la mortal radiactividad encerrada en nosotros.

Azyar recuperó el conocimiento cuando ya habíamos dejado muy atrás la base del espacio, y a sus horripilantes dueños y creadores, destrozado todo ello por la vengativa furia de los marcianos, que en ese humano sentimiento demostraron no andar tampoco muy lejos de nosotros, los terrestres.

Ella escuchó mi historia con atención. Luego refirió la suya: su captura y adormecimiento total, como el mío, para encontrarse después, al despertar, quizás el mismo día que yo, rodeada de esclavos marcianos en otro lugar de la nave en preparación. Sólo que ella había carecido del autodominio necesario y se delató al darse cuenta de que volvía a ser ella misma, libre de influencias ajenas. Conducida inmediatamente a presencia del Cerebro Supremo, fue condenada a flotar en aquella piscina terrible, en tanto se esperaba la posible reacción idéntica de Roy Ullman, el otro terrestre, igual a ella.

El Cerebro. Supremo debió chasquearse al advertir por sus controles que Roy era el mismo de siempre, y por eso, recelando una posible treta, le hizo subir a su presencia. Sabía que la visión de los cuerpos de «zsaks» en las urnas de formación, o la visión de «él» mismo o de la muchacha, terminaría con la ficción mejor sostenida del mundo. Y así había sido.

Otros marcianos, recién liberados, dijeron a Azyar que Lothai-Wazkyy, su heroico padre, había hallado la muerte en defensa desesperada de la ciudad secreta. Azyar dejó resbalar dos lágrimas de sus hermosas pupilas verdes. Por este dolor humano, como por el hecho evidente de que su cerebro había reaccionado igual que el mío, pude darme cuenta de que era ya completamente terrestre, física y mentalmente. Ella asintió, sombría.

Precisamente por esa razón había que dar con el «Martian», librarse de la radioactividad acumulada en nosotros, que terminaría con nuestras vidas en el plazo máximo de diez días, a no lograr antes la desatomización de nuestros organismos saturados.

Por eso he dicho que fueron jornadas de pesadilla. Un vagar constante, por un mundo destrozado, entre ciudades ruinosas, entre pueblos que acababan de recuperar el dominio de sí mismos y empezaban a reconstruir, ya sin el

peligro de los «zsaks» suspendido sobre ellos.

Marte recuperaría pronto su fisonomía, sí. Pero ¿y nosotros?

Montañas barridas por los vientos arenosos de Marte, desiertos oxidificados, tierra rojiza, estéril y fría, todo fue recorrido por un hombre y una mujer, bajo la luz triste de Phobos y Deimos o de ambos a la vez. Muy lejano de nosotros, igual a una esperanza tan remota como la de salvar nuestras vidas, el Sol brillaba, muy triste y apagado.

En Marte quedaban todavía algunos sistemas de transporte. Y si algo no había olvidado aún Azyar era su idioma. Cierto que los seres de Marte la atendían con sorpresa, pero en el acto creían sus palabras, la comprendían y nos prestaban ayuda leal, desinteresada y rápida. Marte era un noble pueblo.

Pronto circuló, a través de aquella soberbia raza de telépatas, la noticia de que un terrestre era su libertador, el héroe anónimo de la terrible guerra interplanetaria, ganada precisamente cuando todo se había perdido.

Ello aumentó la ayuda de pueblos, ciudades, y continentes incluso. Entonces conocí los fabulosos mares de Marte, sus aguas, de una asombrosa pigmentación gris y parduzca, los lagos inmensos de líquenes y agua fangosa, que grandes tempestades sacudían apocalípticamente...

Una historia única y asombrosa, que ser alguno de la Tierra podría describir, errando sobre aquel mundo en período de muerte total, de extinción paulatina pero implacable, fue la mía y la de Azyar. Así fuimos cruzando tierras, mares, regiones asombrosas del planeta rojizo de nuestro Sistema.

Atravesando grandísimos océanos de tinte gris-azulado, llegamos a otro hemisferio de Marte al cumplirse el noveno día. Entrábamos en el último de nuestro plazo fatal. Y yo había perdido ya toda esperanza. Azyar me miraba con triste sonrisa, apagado el brillo de sus ojos. Pero, según me dijo, feliz de morir a mi lado.

—Yo también, Azyar —musité, agotado—. Pero te amo... y preferiría la vida contigo...

No hablamos más. No existía tiempo para nosotros. Ni de hablar ni de detenernos. La nave aérea que, a través del último océano gigante de Marte nos había llevado al hemisferio austral, desde el Estado de Tzeelah, cuya capital, Sakhazyy, capital también de los Estados Federados de Marte, antes de la invasión galáctica, nos recibiera triunfalmente, habíase perdido ya en la distancia. Al alcanzar una nueva ciudad, a la que conducían los famosos «canales», ya en desuso tras la devastadora huella dejada por la guerra con los «zsaks», musité, rendido:

—Es la última oportunidad. Si cerca de aquí no han visto nada... solo nos resta morir ya.

—¡Qué amarga ironía! —gimió Azyar—. Cuando mi pueblo respira, libre y triunfante gracias a ti... tú mueres sin ayuda posible de ninguno de ellos. Porque yo, apenas importo...

La interrumpí.

—No hables así, Azyar —dije, alzándole, la barbilla y rozando su piel con

un suave beso—. Eres la más importante de todo y de todos... Por ti hago todo esto...

—Quedémonos aquí, Roy —musitó, dejándose caer de rodillas a la entrada de la metrópoli, no lejos de un canal cenagoso, sobre el que revoloteaban grandes insectos aturdidos—. Al menos, quiero morir sin agotarme más... A tu lado, amor mío.

Miré, nublada la vista, el perfil gris acero de la ciudad, y de pronto...

—¡No! —grité, irguiéndome con ojos febriles, temblándome las manos frenéticamente. Alcé un dedo estremecido hacia la ciudad ya cercana—. ¡Mira, Azyar! ¡Esa ciudad... la vi desde, mi nave, al tomar tierra en Marte!...

Ella, incrédula, miró a la distancia. Su mirada se animó también. Irguióse, tambaleante, se apoyó en mí... y sin hablar, sin perder un solo momento, seguimos adelante otra vez...

Era el final de nuestro errar angustioso.

Porque allí, al otro lado de la ciudad, tras unas lomas a donde fuimos conducidos por los habitantes de aquella metrópoli liberada a los «zsaks», plateado y esbelto, erguida su punta sutilísima al cielo de Marte, posado en pie sobre sus propulsores termonucleares, estaba el «Martian»...

Y creo que entonces, solamente entonces, supe que estábamos a salvo... y a dos pasos de la Tierra, de mi amada Tierra, a donde Azyar volvería conmigo.

## CONCLUSIÓN

Mi Comandante en Jefe, el mayor Donovan, escuchó mi extenso relato, apoyado por Azyar y por su propia presencia, en el más respetuoso y grave de los silencios. No había nadie más delante de nosotros.

La segunda vez que repetí la historia, fue delante del mismo mayor Donovan, del Arma Aérea, del Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas de los Estados Federados de la Tierra y del Presidente en persona. Aún recuerdo su venerable cabello blanco, sus ojos tranquilos, grises y afectuosos, clavados en nosotros, dentro del Pentágono, en una sala de Reuniones de Alto Secreto.

Al terminar, nos miró en silencio, sin decir palabra. Los militares esperaban sus decisiones, sumidos en un torvo mutismo. Cuando el Presidente habló, lo hizo con la brevedad y cordura más admirables:

—Hijo mío, esa historia, difundida por los periódicos, radio y televisión, sería considerado un relato de locos y nadie lo creería. Por tanto, redactaremos un informe: en Marte no hay habitantes. No se volverá a emprender expedición alguna al planeta y todo permanecerá como un Alto Secreto de Estado. Ninguno de ustedes, bajo juramento, repetirá palabra alguna de todo eso. El peligro de la Andrómeda se ha conjurado. Eso basta por ahora... y tal vez por siempre —se volvió a Azyar y la miró con dulzura—. En cuanto a usted, hija mía, recibirá unos documentos legales conforme a su condición terrestre. Jamás persona alguna conocerá su verdadera identidad original, porque ello no sería conveniente para nadie, en modo alguno. Bien venida a nuestro planeta, hija mía, y que sea muy feliz con el capitán Roy Ullman, que será ascendido a comandante en jefe. Esta distinción, claro está, será oficialmente por haber ido y vuelto en el primer viaje humano a Marte. Pero, en realidad, es el premio a su victoria sobre los «zsaks», hijo mío...

Y no se habló más en aquel despacho, hasta despedirnos del Presidente.

* * *

Azyar y yo somos un matrimonio feliz.

He dejado ya el Arma Aérea y he logrado un puesto en la Oficina Federal de Investigación Interplanetaria. Cada día, cuando vuelvo a casa, un lindo chalet sobre una colina cuajada de tilos, mi mujer me tiene preparada la comida. Una comida completamente terrestre y muy sabrosa. Ha resultado ser una cocinera magnífica, una mujer encantadora y la felicidad para el más exigente de los hombres, suponiendo que yo sea así.

Por las noches, después de cenar y en espera del momento de retirarnos a nuestro cotidiano descanso, nos sentamos en las cálidas noches veraniegas en la galería posterior, viendo el panorama de tilos, la blanca arenisca de la playa vecina y el azul limpio y apacible del mar.

Sin embargo, nuestros ojos se elevan con frecuencia a las alturas, escrutan los cielos y se fijan, imperceptiblemente a veces, con larga fijeza otras, en la mancha luminosa, anaranjada, de Marte, una simple estrella más, perdida entre las constelaciones, unas veces junto a Leo, con Taurus o Virgo, otras... Pero siempre allá arriba, distante y real.

Miro en esos momentos a Azyar, a su rostro sereno y meditativo. ¿Qué raros pensamientos, qué ideas cruzarán su mente, cuando contempla ese mundo remoto, situado a veces a cientos de millones de millas de nosotros, en el cual ella nació y vio la luz primera?

No me lo dice. Cuando sorprende mi mirada fija en ella me sonríe, me toma una mano y la oprime con fuerza, como huyendo a lejanas sombras vagas. Y diciéndose que está aquí, en la Tierra, que es una mujer y que me ama como yo a ella.

Sí, somos felices a pesar de todo eso. A pesar de que a veces, alzando un poco más la mirada, entrevemos la lividez de la Nebulosa de Andrómeda, en los confines del espacio conocido. Y, estremeciéndonos, presa de idéntico horror, apartamos de ella los ojos.

¡Ah! Hemos tenido dos hijos. Un niño y una niña, ambos con el rubio platinado de su madre y con el genio mío y la dulzura de Azyar por partes iguales. No sé si será un milagro fisiológico, pero no tienen nada en absoluto de marciano; son terrestres.

Ni Azyar misma tampoco. A veces me digo que es confortante notar sus hermosas pupilas verdes fijas en uno y saber que no adivina mis pensamientos. No por nada, pero... la prefiero así, igual a toda mujer. Adorablemente humana, encantadoramente terrenal...





Escena de la película INFIERNO DE LOS HEROES, de Warwick